

CRISTIANIDAD



74

RAZON DE ESTE NUMERO

AÑO IV

15 ABRIL

1947

Un nuevo número de la serie dedicada a Pío IX y a su Pontificado. Un nuevo aspecto de la lucha entablada de un

modo encarnizado y artero para hundir a la Iglesia en la persona de su Pastor. Son ya conocidas de nuestros lectores muchas de las vicisitudes por las que pasaron los Estados Pontificios en tan terrible época de la historia de Italia y de la Iglesia. La agresión se realiza no sólo de manera decidida, sino engañosa. Y como prueba esa carta que Cavour escribe a Víctor Manuel II. ¡Hay que encontrar un motivo, una excusa para la guerra! Cavour reconoce la dificultad de hallar un «casus belli», pero finalmente lo encuentra. Es la ocasión. Al Papa se le despojará de todos sus territorios y recluido en Roma se le concederá «para consolarlo» la Presidencia de la Confederación de Estados Italianos. Y va consumándose, poco a poco, el gran sacrilegio. De traición en traición avanza la ola anticristiana. Cada día más apretado en su prisión el Papa queda reducido por fin en los límites del Vaticano, y la casa de Saboya, instalando a su Rey en Roma, es dueña de toda Italia. ¡La Unificación está lograda! Es el fruto de aquellas veladas maquinaciones de las sectas que vertimos en los primeros números de esta serie de Pío IX.

El Editorial se titula: **El Papa-Papa y el Papa-Rey.**

Siguen los artículos:

Carta del Conde de Cavour a Víctor Manuel (pág. 170); **Italia, capital de Roma**, por María Asunción López (págs. 171 a 174); **«Sans peur et sans reproche»**, por Luis Creus Vidal (págs. 174 a 177); **S. S. Pío IX descubre y condena las maquinaciones del gobierno piamontés** (págs. 178 a 180); **El alcance exorbitante de la intervención piamontesa en Crimea**, por Juan Manuel Montobbio Jover (págs. 181 y 182); **La trágica situación de Alemania**, por José-Oriol Cuffi Canadell (págs. 183 a 185); **La restauración espiritual de Poblet entra en una etapa decisiva**, por Manuel de Montoliu (págs. 186 y 187); **El culto de San José y las Iglesias Orientales**, por Manuel Candal, S. J. (págs. 187 y 188); **El Bizantinismo en Rusia**, por Boyan Marcoff (págs. 189 y 190); **Un libro espiritualista sobre el materialismo**, por Luis Rey Altuna (pág. 191); **Y el «Ensayo» hizo explosión en París, III**, por Marsal de Figuerosa (pág. 192).

Los dibujos que ilustran el presente número son originales de Ignacio M.^a Serra Goday



CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

Suscripción:

Anual	70 Ptas.
Semestral	35 »
Trimestral	18 »

Número ordinario: 3'50 ptas.

Editorial Mosca Hnos., S. C.

LIBREROS EDITORES

*Una Editorial para la difusión
del buen libro*

Avda. 18 de Julio, 1574

MONTEVIDEO
(Uruguay)

Reservado n.º 705

Nota de la Administración

Distribuidos ya los índices correspondientes al pasado año 1946, nos complacemos en comunicar a nuestros lectores que, al igual que en años anteriores, nos encargamos de la encuadernación de los números.

A este objeto pueden remitir a esta Administración los ejemplares correspondientes o bien llamar al teléfono

2 2 4 4 6

y les serán recogidos en su domicilio.

El precio es de 22 ptas. que deberán ser abonadas por anticipado, al hacer entrega de los números.

También servimos tapas sueltas para los suscriptores que deseen hacérselo encuadernar por su cuenta. Su precio es de 18 ptas.

El Administrador

CRISTIANDAD

NÚMERO 74 - AÑO IV

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22446

BARCELONA

15 Abril de 1947

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 25875

MADRID

El Papa-Papa y el Papa-Rey

La idea directiva del presente número, dedicado a la usurpación de los Estados Pontificios por el reino del Piamonte, es salir al paso de la idea que entonces defendieron los usurpadores y que aún corre válida entre muchos, a saber: la distinción entre el que podríamos llamar Papa Papa y Papa Rey.

Según esto, mientras por una parte se debería toda la reverencia y acatamiento al Papa como tal, el mismo Papa como soberano temporal, podría ser considerado como otro soberano cualquiera, dejando aparte el carácter sacrilego que revestiría el despojarle de sus bienes, como lo es el despojar a una Iglesia particular de una parte cualquiera de los suyos, aspecto que nunca se considera.

Por esto en este número tiene la documentación una especial importancia. La alocución «Novos et ante» pronunciada en Consistorio tenido diez días después de la derrota de Castelfidardo, nos presenta la historia de la agresión, relatada por el Papa agresión realizada no sólo en sus estados sino en los de otros Príncipes legítimos desposeídos «con grandísima injusticia» y señala cómo los motivos aducidos eran artificiales, pues «viendo que los pueblos Nos eran fielmente adictos, y que con el dinero profusamente derramado y otros engaños reprobados puestos en juego, no podían ser arrancados y alejados de nuestro gobierno civil y el de esta Santa Sede, introdujeron en estas provincias una turba de hombres perdidos, que excitaban tumultos y sediciones y un numeroso ejército que hostilmente las sometiera con las armas en la mano».

Esto, con gran discreción, es calificar a los invasores de tramposos. Ya en nuestros números anteriores (números 45 y 53) hemos visto cómo la finalidad de las sectas era la destrucción de la Iglesia Católica apoyando, entre otros medios, el movimiento hacia la unidad italiana que debía dar por resultado la pérdida del poder temporal del Papa. Es positivo que la mayoría de los grandes «patriotas» italianos pertenecían a ella Cavour, Mazzini, Garibaldi, el Príncipe de Canino y otros muchos.

Para demostrar la mala fe evidente de los autores de la unidad italiana es una prueba concluyente la que suministra la carta que publicamos de Cavour a Víctor Manuel II refiriéndole la entrevista de Plombières con Napoleón III, especialmente al narrar con frío cinismo cómo los dos compadres «recorren de Norte a Sur la península en busca de un motivo que permita desencadenar la guerra y tan difícil de hallar».

Si después de la lectura atenta de esta carta se cree todavía en la nobleza y pureza de sentimientos de los dirigentes (que, no olvidarlo, eran los que mantenían el entusiasmo en el pueblo) preciso es confesar que a los tales les ciega la pasión política y les priva totalmente de la visión



Carta del Conde de Cavour a Víctor Manuel II

Baden, 24 de junio de 1858.

Señor:

La carta cifrada expedida a V. M. desde Plombières no ha podido dar a V. M. más que una idea muy incompleta del largo coloquio que he tenido con el Emperador (1). Por consiguiente, creo estará impaciente de tener una relación exacta y detallada...

El Emperador, apenas introducido en su Gabinete, entró en el asunto que motivaba mi viaje. Comenzó diciendo que estaba decidido a ayudar a Cerdeña con todas sus fuerzas en una guerra contra Austria, con tal que la guerra fuese emprendida por una causa *no revolucionaria* que pu-



Conde de Cavour

diese justificarse a los ojos de la diplomacia y más todavía de la opinión pública de Francia y de Europa.

La busca de este motivo era la dificultad principal a resolver para ponerse de acuerdo, por lo cual creí deber tratar de esta cuestión antes que de cualquier otra...

Mi posición era dificultosa, porque yo no tenía nada bien determinado que proponer. El Emperador vino en mi ayuda y nos pusimos a recorrer juntos todos los Estados de Italia *para encontrar esta razón de guerra tan difícil de hallar*. Después de haber viajado inútilmente por toda la Península llegamos a Massa y Carrara: *allí descubrimos lo que buscábamos con tanto ardor*. Hice al Emperador una exacta descripción de aquel desgraciado país del cual, por otra parte, tenía él un concepto bastante preciso, y nos pusimos de acuerdo en que *se provocaría una petición* de los habitantes a V. M. para pedir protección, incluso solici-

tando la anexión de aquellos ducados a la Cerdeña. V. M. no aceptaría la solicitud propuesta; pero, tomando el partido de la población *oprimida*, enviaría al Duque de Módena una nota altiva y amenazadora. El Duque, seguro del apoyo de Austria, contestaría de una manera impertinente, después de lo cual V. M. haría ocupar Massa y comenzaría la guerra. El Duque de Módena no sabría la verdadera razón, y así el Emperador piensa que la guerra sería popular no solamente en Francia, sino también en Inglaterra y en el resto de Europa; porque aquel Príncipe con razón o sin ella es considerado como la cabeza de turco del despotismo. Por otra parte, como que el Duque de Módena no ha reconocido ningún soberano de los que han reinado en Francia desde 1830, el Emperador tiene menos atenciones a observar respecto de él que hacía cualquier otro Príncipe.

Resuelta esta primera cuestión, el Emperador me dijo: «Antes de ir más adelante es preciso pensar en dos graves dificultades que encontraremos en Italia. El Papa y el Rey de Nápoles; debo andar con cuidado con ellos: con el primero para no levantar contra mí a los católicos de Francia; con el segundo para conservar la simpatía de Rusia, que se ha hecho una especie de punto de honor en proteger al Rey Fernando». Respondí al Emperador que en cuanto al Papa era fácil concederle la tranquila posesión de Roma por medio de la guarnición francesa que allí se hallaba *dejando que se sublevase la Romagna*; que no habiendo querido seguir, el Papa, respecto de aquella los consejos que el Emperador le había dado, el Emperador no podía ver con malos ojos que aquella comarca aprovechara la primera ocasión favorable para librarse del detestable sistema de gobierno que la Corte de Roma se había obstinado en no reformar; que en cuanto al Rey de Nápoles no había necesidad de ocuparse de él, a menos que no tomase el partido de Austria; decidido, no obstante, a dejar actuar a sus súbditos, si, aprovechando la ocasión, se desembarazaban de su paternal dominación.

Esta respuesta satisfizo al Emperador y pasamos a la gran cuestión: ¿cuál será el fin de la guerra?

El Emperador concedió sin dificultad que era preciso expulsar a los austriacos de Italia sin dejarles un palmo de terreno más acá de los Alpes y del Isonzo.

Pero, ¿cómo ordenar Italia? Después de larga disertación nos pusimos de acuerdo sobre las siguientes bases, reconociendo, no obstante, que se podrían modificar según las eventualidades de la guerra:

El Valle del Po, la Romagna y las Legaciones constituirían el Reino de la Alta Italia sobre el cual reinaría la Casa de Saboya. El Papa conservaría Roma y sus alrededores. El resto de los Estados del Papa, con la Toscana formarían el Reino de la Italia Central. No se tocaría la circunscripción territorial del Reino de Nápoles. Los cuatro Estados italianos formarían una confederación a semejanza de la Confederación Germánica de la cual se daría la presidencia al Papa *para consolarlo* de la pérdida de la parte mejor de sus estados.

Este convenio me parece enteramente aceptable, porque siendo V. M. soberano de derecho de la mitad más rica y más fuerte de Italia *sería soberano de hecho* de toda la Península.

(De la obra «Memorie documentate per la Storia della Rivoluzione italiana», por Paolo Mencacci. Roma, 1881. Vol. II, parte II, págs. 9 y sigs.)

(1) Entrevista entre Napoleón III, Emperador de los franceses y el Conde de Cavour, Ministro de Víctor Manuel II, Rey de Piemonte y de Cerdeña.

Italia, capital Roma

«Risorgimento»

Italia con Roma por capital es una nación muy joven. Tiene exactamente 76 años. Nació cuando las tropas del general Cadorna abrieron una brecha en la Porta Pia y el triunfo del *Risorgimento* puso en uno de los propios palacios de Pio IX, frente al Papa un rey.

Conócese con el nombre de *Risorgimento* aquel movimiento complejo comprendido especialmente desde 1830 a 1870, que «llevó la traición al corazón de los reyes y la apostasía al cáliz de los sacerdotes» y tan fecundo en aventuras, que parece una novela romántica y terrorífica de príncipes aventureros puestos en pie de igualdad con los más villanos sicarios, lleno de traiciones, emboscadas y crímenes misteriosos, que perpetraba en la sombra un puñal silencioso o un activo veneno que no dejaba huella de la mano que lo había vertido.

Sin embargo, como este movimiento levantó públicamente la bandera de la independencia y la unidad de Italia en un reino único, enrola en sus filas, ya sea con la ilusión de la república o gobierno del pueblo preconizado por Mazzini, ya sea con el deseo verdadero o fingido de acogerse a la soberanía de la casa de Saboya, a toda clase de personas, príncipes y sacerdotes, obreros y labriegos, sabios y poetas, nobles y militares, que atraídos con el señuelo del amor a la patria exaltado hasta el fanatismo le aportan todo su saber y poseer y cumplen puntualmente las consignas dadas en el secreto tenebroso de las «ventas» y precedentes de *Piccolo Tigre*, *Nubius*, *Bracco* y otros incógnitos organizadores del movimiento y únicos conocedores en aquel entonces, del último y verdadero fin del mismo.

No le es propiamente adecuado el nombre de *Risorgimento*, pues si bien existía un sentimiento de nacionalidad que unía a todos los naturales de los distintos y aun enemigos estados de la península, con el nombre general de «italianos» no existía una Italia compacta y única, de modo que el *Risorgimento* no es reaparición de una antigua unidad, sino «una realidad política nueva». El historiador Luigi Salvatorelli, liberal por añadidura, lo expresa en esta forma: «Resurgimiento supone una cosa que ha dejado temporalmente de existir y que retorna a la vida. Ahora bien, un estado italiano anterior al que se proclamó en 1861 no lo ha conocido jamás la historia. La llamada confederación romano-italica no ha merecido jamás este nombre, y consistió tan sólo en una serie de vínculos bilaterales entre Roma y los restantes pueblos de Italia peninsular, pero jamás en una organización política común».

Pero alguien, en un principio, dijo *Risorgimento*, y el nombre hizo fortuna. Lo acogió el pueblo, lo celebraron los poetas y lo explotaron los políticos.

En realidad, significa la mixtificación del sentimiento nacional italiano, que nunca necesitó una Italia unida para manifestarse, con las ideas que la Revolución aportó del otro lado de los Alpes, impregnadas de la impiedad volterriana y el sentimentalismo de Rousseau y provocadas por las sociedades secretas de modo que hicieran vibrar la sutil sensibilidad italiana, desviándola para que se acostumbrara a no asombrarse ante las mayores atrocidades, espolcando la ambición de los unos y la imaginación de los otros, y siendo favorecido o combatido por las grandes naciones de Europa, según sus intereses.

Aunque las palabras «ventas», «logias», «carbonarios» y «masones» que, juntas o por separado, sugieren la idea de «conspiración» y «misterio», ahora que el comunismo

las ha desbordado resultan anacrónicas en nuestra habla habitual, a la luz de los acontecimientos actuales no es posible ignorar lo que significaban y deducir el móvil que las fundó, el acierto de la elección de sus medios de propaganda, la eficacia de su acción y por qué fué precisamente Italia el país escogido como primero y principal campo de sus hazañas.

Es verdad que mucho lo favorecía la división de la península en tantos y pequeños estados, ideal de los conspiradores que tienen siempre la frontera de un país extranjero donde escapar a la persecución, pero su interés principal era apoderarse de Roma, y no precisamente por ser el centro de Italia, sino para derribar el poder temporal del Papa y coaccionar su actividad moral y espiritual, base de toda civilización cristiana.

Italia conquista la revolución

Aparte del fracasado intento de Arnaldo de Brescia en el siglo XII para unificar Italia, y algunas otras aisladas tentativas que no tuvieron ningún resultado práctico, la característica y casi constante división de Italia desde la desmembración del Imperio hasta 1795 fué la formación de monarquías en el sur, una faja central formada por los Estados Pontificios, y en el norte, ciudades como Lucca y Siena, absorbidas por los ducados de Parma, Módena y Toscana o los reinos del norte.

Por esta época, aunque tanto Cerdeña como Austria recelaban de la acometividad expansiva de la Revolución francesa, en realidad quedaron asombrados cuando les presenta batalla un joven general llamado Napoleón Bonaparte. Tiene solamente 27 años y no se le conoce historia, pero es un producto genuino de la Revolución, puede decirse que la flor y la esencia de la misma. Le acompaña una tropa de soldados harapientos, no tiene «ni un solo oficial de ingenieros» «ni uno siquiera que sepa por experiencia lo que es un asedio», el armamento es incompleto e insuficiente y dispone de víveres tan sólo para un mes y aun a media ración.

Con su genio militar suple estas deficiencias y arroja a los soldados del rey de Cerdeña que se ve obligado a pedir un armisticio. Por este primer armisticio Napoleón despoja por primera vez a un rey.

A pesar de esto, ¿qué habían de temer las bien disciplinadas tropas austriacas, con los cuadros de mando completos y con tantos y tan buenos generales, de aquel ejército de foragidos? Ni siquiera se les ha ocurrido que pudieran empezar una ofensiva contra ellos antes del deshielo y están confiados en sus cuarteles de invierno. Pero Napoleón no puede perder tiempo. Encuentra su punto más débil en la parte en que los Apeninos se unen a los Alpes y cae como un alud sobre sus adormecidos campamentos. Una tras otra se atropellan sus victorias: Millesimo, Catiglione, Arcola, Rívoli, Mantua. Lleva siempre la derrota muy cerca de la victoria, pero vence. Aquel «ejército de foragidos» tiene un arrojo sin igual. Se batan por el botín, porque están hambrientos y desnudos; se batan para dar a la sociedad la nueva estructura que forjan las guillotinas francesas y se batan para imponer la revolución mundial.

Napoleón despoja a los pueblos y hace inmediatamente levas de soldados en los mismos, pero se presenta como libertador. Miente sin escrúpulos con tal de herir la imaginación y su paso deslumbrador fascina a los italianos. Son

continuas sus proclamas demagógicas, «viene para liberar a los pueblos del yugo de los Habsburgos, del rey de Cerdeña, de los príncipes y de los senados». Penetran las ideas revolucionarias y cae en tierra fecunda la idea de «L'Italia unita» que ya no morirá, y así conquista para la Francia revolucionaria primero Lombardía y después toda Italia, con la promesa de «Levantar de nuevo el Capitolio, colocar en él a las estatuas de los héroes que lo hicieron célebre, despertar al pueblo romano entumecido por varios siglos de esclavitud y cambiar la faz de la región más hermosa de Europa».

Napoleón II, rey de Roma

Napoleón es un soñador cuando se trata de su propia grandeza y su ambición no tiene límites. Después de la campaña de Egipto se impone al Directorio y al Consulado, arroja la máscara republicana y demagógica que le ha servido de escabel, se da a sí mismo la corona imperial, empuña el báculo que por orden expresa suya es una copia del de Carlo Magno, y seis meses más tarde ciñe la corona de los reyes lombardos, repitiendo en la catedral de Milán la antigua fórmula carolingia «Dio me la dió; guai a chi la tocca».

El ascendiente milenarío de estas coronas vence al hombre nuevo y no sólo quiere eclipsar a los últimos Borbones con el lujo de su flamante corte, sino igualarse con los grandes emperadores del Sacro Romano Imperio.

Deja como Virrey de Italia al príncipe Eugenio, y cuando para sacrificarlos en holocausto de su gloria pide soldados a toda Europa, Italia le proporciona la magnífica Legión Lombarda, que es la primera en acudir cuando ha caído casi prisionero del Archiduque Carlos en Elsing.

Es verdad que unió a Italia, pero fué en su propio provecho, para formar su reino cisalpino; es verdad que la libró de sus señores naturales, pero fué para darle reyes y duques de su propia familia; es verdad que no hubo, durante su gobierno guerras civiles, pero soldados italianos siguiendo sus Águilas fueron desde Boulogne hasta Austerlitz, desde España hasta Suecia y desde Alemania hasta Rusia.

«Decapitado» el Sacro Imperio Romano al formar la confederación del Rin y aplastada Austria en Wagram, cuando después de esta victoria reposa en el lecho imperial de Francisco II, embriagado de gloria y de orgullo sueña vincular en su descendencia una grandeza que no reconozca sobre sí ningún poder. Carlo Magno recibió del Papa la corona imperial rematada por una cruz, signo de sumisión ante Dios como principio de todo poder, pero como a sus cañones nada puede oponérseles en la tierra, osa desafiar al cielo. La delgada diadema imperial de hojas de laurel de oro que se ciñó a sí mismo ya no tenía nada de cristiana. Ahora creará un prestigio y una civilización nueva impondrá su código en el que ha cristalizado y hecho viables los principios de la Revolución que penetran con la punta de sus bayonetas; ahora sueña ya con una alianza imperial que hará olvidar su condición de advenedizo; por lo tanto, ¿qué importa un sacrilegio más? Desde Shombrunn lanza el Decreto despojando al Papa de sus Estados. Así su descendencia poseerá la monarquía más antigua y más augusta de la tierra y su hijo apenas nacido será Rey de Roma.

Casi a partir de entonces, la estrella de Napoleón palidece. Caen las armas de las manos de sus soldados y a millares mueren en las llanuras nevadas de Rusia en los campos de Borodino y Smolenko o sepultados en las aguas heladas de sus ríos.

Napoleón II, Rey de Roma, inconsciente usurpador y víctima del reto lanzado al cielo por su padre, no fué nunca un rey efectivo. Murió muy joven, refugiado en la corte de Austria con el nombre del duque del Reichstadt que su

abuelo le dió en consideración a su madre la archiduquesa María Luisa.

«Italia fara da se»

En virtud de los acuerdos del Congreso de Viena que anuló la obra militar de Napoleón, la reacción se había operado en casi todos los países de Italia en sentido católico, pero como la idea fundamental del *Risorgimento* alentada por la conquista napoleónica fermentaba, las sociedades secretas dieron la consigna de captar especialmente la adhesión de aquellos príncipes cuyos derechos fueran dudosos, y una vez atados con juramentos y amenazas suplantaron con ellos a los soberanos legítimos.

En estas condiciones ocupa el trono de Cerdeña en 1831 el rey Carlos Alberto.

Es cierto que para asegurar la sucesión ha jurado a su antecesor que cuando ascienda al trono «conservará intactas las bases fundamentales y la forma orgánica de la monarquía», pero también es cierto que ha jurado, al afiliarse a los carbonarios, «dar una constitución al pueblo y hacer de Italia una nación única e independiente».

La amenaza de las sociedades secretas penden constantemente sobre su cabeza como la espada de Damocles, según él mismo afirma, pasó la vida «entre el veneno y el puñal» luchando entre su dignidad de soberano y sus compromisos de carbonario, sus arranques de misticismo católico y las acusaciones de su conciencia, ya que conoce el fondo sacrilego del *Risorgimento* que con su reinado alcanza pleno auge.

Sin embargo, en la práctica, siempre grita más alto la ambición que la conciencia; otorga una constitución basada en el código napoleónico y se plega a todas sus exigencias.

En el año 1847 el odio a los austriacos es en Italia un ardiente deseo nacional. Carlos Alberto es ambicioso y espera grandes cosas de su valor, «yo aguardo mi estrella», decía ya antes de ser rey de Cerdeña, y orgulloso cuando en el consejo de ministros tratan seriamente de las ventajas o inconvenientes que pueda presentar una alianza con Francia, dice con arrogancia: «Italia fara da sé» ¿para qué librarse de los austriacos si ha de supeditarse a los franceses? ¿No está toda Italia minada por las sociedades secretas que harán estallar revoluciones en todos los estados cuando él se lance a la guerra? Milán, Florencia, Nápoles, Venecia, todos pedirán su adhesión al Piamonte, destrarán a los soberanos y él reinará sobre toda Italia, incluso sobre Roma, que es la finta que duerme en el fondo del *Risorgimento*.

Con este entusiasmo despliega la bandera tricolor y lanza su proclama: «Pueblos de Lombardía y de Venecia; nuestras armas os prestarán la ayuda que el hermano debe al hermano y el amigo al amigo. Nosotros os secundaremos confiados en Dios que ha dado Pío IX a Italia y ha puesto a Italia en condiciones de no necesitar a nadie».

También Carlos Alberto quema incienso en honor de Pío IX. Todos se han conjurado para hacerlo instrumento de la revolución y cómplice de la guerra. Han confundido su bondad paternal con la debilidad y la cobardía. Ha otorgado una constitución, se ha sometido a plebiscitos; creen que todo lo podrán con él, y a cada concesión sucede una exigencia; quieren sofocar sus derechos con aplausos y aclamaciones, pero cuando ven su firmeza y se convencen todos los dirigentes del *Risorgimento* que no pueden hacer de él el Papa carbonario que deseaba Piccolo Tigre, y Carlos Alberto ha ganado las victorias de Goito, Pastrengo y Peschiera, estalla en Roma la revolución. Mazzini proclama la república romana diciendo: «Romanos, habéis sido grandes, yo os consagro romanamente italianos. Después de la Roma de los Emperadores, después de la Roma de los Papas viene la Roma del pueblo».

Como los disparos llegan hasta las propias habitaciones

del Papa, ha de huir a Gaeta. España convoca a las naciones católicas para su defensa. El general Oudinot penetra en Roma y más tarde vuelve el Papa con todas sus prerrogativas y privilegios.

Entre tanto Carlos Alberto ha sido vencido en Custoza y en Volta. Convencido de que Italia por sí sola no puede vencer, pide un armisticio, pero ya se ha atado con una constitución y él no manda. El pueblo le obliga a ir otra vez a la guerra. Sus tropas tienen con las austriacas un encuentro definitivo en Novara. Carlos Alberto busca la muerte en lo más recio de la pelea, pero se salva mientras su ejército es aniquilado. El mariscal Radezky termina la segunda fase de esta guerra en tres días. La noche del 23 de noviembre, día de la derrota de Novara, Carlos Alberto abdica en su hijo Víctor Manuel II. ¡Realmente, Italia sola contra otras naciones podía hacer muy poco para sí!

«Italia è fatta ma no è compiuta»

Víctor Manuel II no tiene la arrogancia aparatosa de su padre. Demasiado comprende que Italia por sí sola nada puede contra los austriacos y que si quiere ensanchar su reino y vengar Novara todas las alianzas resultarán útiles.

Cavour vocaliza su propia ambición que tan insinuadamente le habla al oído y la astucia y diplomacia de este ministro le conducirán de la mano no sólo al desquite de Novara, sino a la posesión de toda Italia, «que no se comprendía sin Roma por capital».

Camilo Cavour tiene, efectivamente, una amplia y concreta visión del problema cuya solución es la posesión de Roma. Precisa atraer la ayuda y la atención de todo el mundo hacia el diminuto reino del Piamonte. Como premisa interviene en la guerra de Crimea. Manda allí 18.000 italianos y con ello obtiene el derecho de discutir la paz con Rusia, Francia, Austria e Inglaterra, y lanzar una violenta diatriba contra «la tiranía de Austria en el reino lombardo-veneto, la situación anormal de los Estados Pontificios y el despotismo del rey de Nápoles».

Sabe, además, el partido que puede sacar de Luis Napoleón que, como antiguo afiliado a los carbonarios, tiene sus compromisos, y si su reciente grandeza le hace olvidadizo, ahí están las bombas de Orsini para recordárselos.

Y cuando ya ha logrado exponer claramente su programa ante las grandes potencias, no se duerme en sus laureles diplomáticos.

En un modesto salón del balneario de Plombières, Camilo Cavour, con el nombre de Giuseppe Benso, está con Luis Napoleón inclinado sobre un mapa. Allí deciden el destino de los diferentes estados de Italia. Francia obtendrá Niza y Saboya; en cambio, la soberanía de Víctor Manuel II se extenderá sobre todo el reino cisalpino del primer Napoleón, o sea Lombardía, Venecia, Emilia y las Romañas. Toscana y Umbria se darán a la duquesa de Parma, el reino de Nápoles a un hijo de Murat, y al Papa se le hará presidente de una confederación de Italia pero con dominio solamente en Roma. Ya está de acuerdo el reparto, y para no dejar nada al acaso los dos compadres acuerdan también que como plausible motivo de guerra con Austria se provocará una insurrección en Massa Carrara. El duque de Módena pedirá socorro a Austria, los habitantes llamarán en su auxilio al rey del Piamonte y entonces estallará el conflicto.

Todo sucede como se ha previsto. Las batallas de Magenta y Solferino, además de una insurrección en Hungría, obligan a Austria a pedir un armisticio y Napoleón, que tiene prisa por retirarse, pues su intervención directa en Italia disgusta a Inglaterra y a Prusia, acepta la paz de Vilafranca que cede al Piamonte la Lombardía, pero deja a Venecia en poder de los austriacos.

En marzo de 1860 Parma, Módena, Toscana y las Legaciones son incorporadas al Piamonte. Ya quedaba cum-

plido el compromiso de Plombières; en lo que respecta a Cerdeña, ¿llegaba la hora de dar el reino de Nápoles a Murat? Nada de eso.

Ocupa el trono de Nápoles Francisco II de Borbón, cuando desembarca Garibaldi en las costas de Sicilia ayudado secretamente por Turín.

Garibaldi, este tipo pintoresco con su camisa roja, la airosa pluma de su sombrero y su capa echada negligentemente sobre los hombros, es en realidad el guerrero más temible de Italia. Tiene un ejército de voluntarios formado con héroes de barricadas de las revoluciones del 48 y procedentes de todos los países de Europa.

El rey Víctor Manuel, que nada desperdicia, va a cazar al halcón con Garibaldi. Cavour aconseja también no desdeñar que sea él con sus bravos guerrilleros quien conquiste Nápoles, pero conviene andar con cautela y no comprometerse. Si la aventura sale mal, dejará tranquilamente que el rey de Nápoles le fusile; si sale bien, con un voto del Parlamento le arrebatará la presa. Entre tanto fomenta la aventura expidiendo el siguiente telegrama que indica hasta que punto desea quitarle obstáculos: «No se dé nada a Garibaldi; niéguese cuanto pida, pero déjesele tomar todo lo que quiera.» Había bastante. Garibaldi no dejaría de tomar todo lo que se pusiera a su alcance.

Con esto y la complacencia de Inglaterra, cuya escuadra merodeaba por aquellos parajes, las huestes garibaldinas se aprestan a la guerra.

Ha llegado por fin el momento más crítico. No falta sino atacar al Papa. El motivo no hace honor al genio de Cavour. Se le exige que despida a sus voluntarios porque son extranjeros, y se le impide declarar el servicio obligatorio en sus dominios. Es decir, se le pone el dilema de aceptar la guerra o entregarse, puesto que a esto equivale quedar indefenso. La Santa Sede no puede sino rechazar indignada estas proposiciones.

¡Ahora si que contra el Papa acorralado ganarán victorias las tropas de Víctor Manuel sin la ayuda de nadie! Los últimos voluntarios pontificios al mando de Lamoriciere hacen prodigios de valor, pero cercados por tropas veinte veces superiores son vencidos en Castelfidardo. Refugiados en Ancona, acosados por los piemonteses por el norte y los garibaldinos por el sur, sitiados por Cialdini y abrasados por los 400 cañones de la escuadra han de rendirse.

Entonces Luis Napoleón cae en la cuenta de que su desatinada política está creando un gran Estado, fronterizo con Francia, que ha de ser naturalmente su enemigo y hace marcha atrás. Interviene en favor del Papa y pone en Roma una guarnición para su defensa. Víctor Manuel ha de esperar unos años más a que se presente ocasión más propicia.

Con todo en 1861 la mayor parte de Italia está ya bajo el cetro de la casa de Saboya; se traslada la capital a Florencia y todas las naciones de Europa, excepto España, la reconocen.

Parece ya alcanzado el fin del *Risorgimento*, por lo menos el que sirvió de banderín de enganche para el pueblo, pero Víctor Manuel, que conoce la entraña del mismo, dice: «Italia è fatta ma no è compiuta.»

Italia, capital Roma

No, Italia no estaba completa. Le faltaba Venecia que aun dominaban los austriacos, y había que esperar la buena ocasión de que algún país amigo la anexionara; y le faltaba principalmente Roma. A toda costa había que engastar esta riquísima gema a la corona de la casa de Saboya; pero también para esto había que esperar la ocasión.

Otra vez había de proporcionarla la política flotante de Napoleón III fiel al principio de las nacionalidades. Así como fomentó la unidad de Italia, favoreció la unidad alemana. Con ello quedó de manifiesto su exigua talla diplo-

mática frente a la astucia italiana y a la genialidad de Bismark, el gigante canciller alemán.

Victor Manuel II se da cuenta muy pronto de que Prusia es más fuerte que Francia y forma alianza con ella para combatir al Austria. Como de costumbre su ejército es derrotado, pero los prusianos han obtenido la brillante victoria de Sadowa y, a cambio de su ayuda irrisoria, obtiene Venecia.

¡Ya no falta más que Roma! ¡Hay que lograr que la guarnición francesa se retire! ¡Ya verá el mundo las victorias que alcanza su ejército sin ayuda de nadie contra el Papa indefenso! Muy pronto se presenta ocasión.

Prusia se ha hecho tan fuerte que es una amenaza para Francia, y la Italia unida se ha hecho sospechosa por su alianza con ella. Francia corre el peligro de ser aplastada entre dos grandes potencias. Luis Napoleón pierde popularidad. No le queda más recurso que la guerra. Bismark lo está deseando, pero juega con él como el gato con el ratón y logra que sea el mismo Napoleón quien se la declare.

El miedo de que Italia se ponga al lado de Prusia contra Francia le decide a quitar la guarnición francesa que defendía al Papa, lo cual equivalía a decirle a Victor Manuel: «Ahí te entrego Roma a cambio de tu neutralidad.»

Y Victor Manuel lo entiende perfectamente. «De derrota en derrota y de traición en traición» se acerca a la victoria. ¡Pronto se habrá consumado el *Risorgimento!*

Da orden de prender a Mazzini, que sigue conspirando y «cubriendo con palabras melosas su traición, arrodillándose para acometer y despojar». Escribe al Papa que «se ve en la indeclinable necesidad, para la seguridad de Italia y de la Santa Sede, de que sus tropas, que ya guardan las fronteras, penetren y ocupen Roma para mayor seguridad de Su Santidad».

«¡Sepulcro blanqueado!», exclama el Papa. He aquí adonde la revolución ha hecho descender a un rey de la casa de Saboya. No le basta a la revolución destronar los reyes o decapitarlos; ahora necesita envilecerlos.

Pío IX con gran serenidad da sus disposiciones. Si entra el ladrón, dice, que sea con fractura, pero apenas probada la violencia que se suspenda el fuego y se entre en negociaciones.

El 20 de septiembre de 1870 a los gritos de «¡Viva Pío IX! y Viva Saboya!» se consuma el sacrilegio. El general Cadorna se apodera de Roma. Víctor Manuel se instala en el Quirinal y el Papa queda prisionero en el Vaticano.

El *Risorgimento* ha triunfado. Ya no hay austriacos

en la península; Italia está unificada y Roma es su capital.

En vano se pretende legitimar el despojo con la Ley de Garantías; la espinosa cuestión romana y la excomunión de los reyes de Italia no se resuelve hasta el acuerdo de Letrán.

Tres reyes han sucedido a Victor Manuel II: Humberto I, Victor Manuel III y Humberto II, que no ha sido nunca rey de hecho.

Italia unida intentó la expansión colonial y la condujo al fracaso de Adua.

En la guerra de 1914, aunque estaba aliada con alemanes y austriacos, siguiendo la política tradicional corre en auxilio del vencedor y adquiere la parte «irredenta» de Trieste.

La dictadura de Mussolini eleva a Italia a primera potencia, la provee de un ejército, consigue la paridad naval con Francia y le da el imperio con la conquista de Etiopía.

En 1939, la ocupación fulminante de Holanda y Bélgica por los alemanes, la conquista de la Rusia Blanca, la derrota completa de Francia y la huida vergonzosa de los ingleses en Dunquerque la llevan al lado de Alemania. Clamores de entusiasmo acogen esta declaración de guerra.

Algo más tarde se hace público que Stalingrado resiste, vienen los desastres italianos en Grecia y en Africa. La situación crítica se prolonga; todo el peso de la guerra ha de cargar, como siempre, sobre sus aliados. Al iniciarse la derrota de Alemania muy pronto Italia busca el pretexto para apearse en marcha.

Inmediatamente su fértil imaginación presenta cuadros terroríficos de la «barbarie» alemana; renace el odio a «il tedesco» y se echa en brazos de los aliados.

Pero esta vez no ha calculado bien; la pirueta no le ha dado el resultado de costumbre. El país entero es convulsionado por enemigos interiores y exteriores, y más que nunca siente en su suelo el zarpazo de la guerra.

La dinastía de Saboya, que adquirió el trono de Italia Unida por medio de plebiscitos, es destronada también por un plebiscito.

Se proclama la república a los acordes del himno de Garibaldi y, todo el que no sea voluntariamente ciego, puede ver que, Italia, quizá aun más que otras naciones, yace en el fondo turbio en que las habilidades de guerreros, políticos y diplomáticos han anegado a vencidos, vencedores y neutrales, y del que sólo emergen las estrellas rojas de las cúpulas del Kremlin y la Cruz que ampara la Silla de Pedro con la promesa divina de que «las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

Maria Asunción López

«Sans peur et sans reproche»

«Si mourir pour son prince est un illustre sort...»

Fué algo sin precedentes. El diez de octubre de 1860, el inmenso ejército invadía unos pacíficos Estados, los de la Iglesia, sin previa declaración de guerra, y bajo la excusa de que era menester mantener «un orden» que, multitud de agentes indeseables, salidos de aquellas mismas tropas, cuidaban de perturbar. Ingentes y modernos pertrechos, eficaz artillería, y, en fin, el apoyo de la que se consideraba como la mejor flota del Mediterráneo, después de la francesa, fortalecían la posición de unas huestes que al parecer debían haber sido enviadas para medirse contra unos contrarios proporcionados en número y potencia...

Nada de esto. Todo aquel tan enorme como cobarde despliegue de fuerzas, iba dirigido contra un enemigo desprovisto de todos los medios modernos, y que, además, era tan reducido en número que bien podía considerarse que aquella citada «proporción» había de cifrarse, sin exageración, en la de diez contra uno.

Y enemigo singular. El diez y nueve de aquel mismo mes, era arrollado en Castelfidardo, no sin una resistencia épica, un cuerpo, quizá el mejor, de aquellas tropas, bisoñas como todas. Jóvenes, aristocráticos, del espíritu que animaba a aquellos soldados da constancia el fragmento de la carta que un herido mandaba a su madre, vieja bretona, firme en su fe: «... Mi herida es bastante grave..., pero por

lo demás pedía a Dios me ayudase a cumplir con mi deber y a saber morir bien. En Bretaña pueden presentarse pocas ocasiones para morir en tan buenas circunstancias para ganar el cielo. Caso que tenga que morir, espero tener la muerte dulce y tranquila del joven que ha cumplido con un sagrado deber... ¡Si Dios me llama para Sí, querida madre, mi último pensamiento será para vos!» Y es que aquel no era otro que el auténtico y eterno espíritu de martirio que ha animado siempre las «élites» de la Cristiandad. Significativamente, por ello mismo, es que un venerable Obispo de su tiempo, el de Tours, acababa su oración fúnebre de los ilustres Caídos con estas sublimes palabras: «... ¡Consuélese las familias de las nobles víctimas! ¡Sus hijos han escrito en la historia una página como aquellas que han transmitido hasta nosotros la gloria de los Macabeos y de la legión tebana! ¡Consuélese el ilustre guerrero que no ha podido conducir sino a la muerte su batallón sagrado! Para los cristianos, morir es vencer; ellos no han obtenido otras victorias durante los tres primeros siglos de la Iglesia:

*Si mourir pour son prince est un illustre sort,
Quand on meurt pour son Dieu, quelle sera la mort!»*

¿Una fiesta en Versalles?

Extraño ejército, en verdad. Alguien, con fina ironía, oyendo «pasar lista» a sus batallones, había preguntado si se trataba de la de los invitados a una fiesta en Versalles, allá en los buenos tiempos del «ancien régime»... los muchachos respondían: «¡presente!» a la llamada de nombres como Larocheoucauld-Doudeauville, Pimodan, Bourbon-Chalus, Cathelineau, Thierry de Fonteray, Du Plessis de Grénedan, De la Barre de Nanteuil... Extraño y jamás visto ejército, todo él de voluntarios, venidos de todos los puntos del orbe al conjuro de la voz angustiada del Padre común que se hallaba amenazado por auténticas hordas encuadradas bajo los mandos del ejército piamontés, que ya a la sazón ostentaba, siquiera oficiosamente, aquella también extraña bandera tricolor, trasunto de la francesa, reliquia dejada en la Península itálica por los revolucionarios napoleónicos que la habían conmovido y descristianizado hasta sus cimientos...

Unos nietos, mejores que sus abuelos, habían sentido, en su sangre, como un latigazo, aquel viejo y eterno imperativo: nobleza obliga. Mejores que sus abuelos, mejores mil veces que aquellos que se agrupaban, en el París del diez y ocho, en los dorados salones, para oír la charla pedante, cuando no sacrilega, de los filósofos y enciclopedistas que preparaban la catástrofe, habían acudido al puesto de honor, haciéndolo generosa, ampliamente sin regateos. ¡Ah, si la vieja Aristocracia de Europa hubiese, siempre, sabido acudir a su puesto de honor como lo había hecho aquella selección de sus nietos! Aquel momento histórico, había sido, sin duda, como el canto de cisne, resumen de cuantas ilustres esencias sociales había incubado aquel antes citado «Viejo régimen», a la sazón agonizante, y que por medio de sus últimos retoños echaba un postrer resto de gallardía. ¡Nobleza obliga!

Nobleza y Fe. Que aquellas huestes que de antemano sabían para consumir un sacrificio que era inevitable, sabían bien que, para ellas, la Muerte no podía tener definitivo poder. Que allí no era más que la puerta del Cielo, no amenaza, sino anuncio de vida mejor:

*No se os haga tan amarga
la batalla temerosa
que esperáis,
pues otra vida más larga
de fama tan gloriosa
acá dexais...*

Nobleza y Fe. Que tienen como eterno secreto aquel grito que, éste sí, es definitivo. Y explicación profunda de

todos los heroísmos cristianos. El de «¡Dios no muere!». El grito de todos los valientes, al caer en el campo de batalla por la buena Causa. ¡Dios no muere! Y que es el grito de un García Moreno, que sabe que no ha de arriar su bandera, porque en el momento de su caída no le ha de faltar sucesor que la sostenga. ¡Dios no muere!

A tal Ejército, tal Jefe

«—¡Confesad, decía a uno de sus íntimos, con su habitual gracejo, Pío IX, confesad que estoy bien servido: tengo a mis órdenes al rayo y al huracán!»

El huracán era Monseñor de Mérode. El rayo, el general de La Moricière.

Ante la progresiva amenaza que venía del Norte, ante la revolución que incubaba, fomentada política y militarmente por el Piamonte, y desde la obscuridad por las Sectas y por los subterráneos manejos de Inglaterra, el buen Pontífice había debido prever a la seguridad de unos Estados, que tenía el deber de tutelar, mediante la creación de un Ejército. Jamás, desde hacía siglos, la Iglesia habíalo tenido. ¿Cómo hubiera podido el Padre común preocuparse por ello, cuando evidentemente la sed de conquistas le era absolutamente extraña? Le bastaban algunas fuerzas de policía, y las tradicionales y escasas Guardas, primordialmente la suiza, consagradas exclusivamente a su custodia personal y al lustre de la Santa Sede. Pero los acontecimientos hubieron de mover a Pío IX, bien a su pesar, a crear un ejército que no podía ser sino de voluntarios. Y ya hemos visto cómo corrieron a enrolarse en él, puesto de honor, los jóvenes que llevaban los nombres más ilustres de Europa. Un varón singular, cuyo carácter sagrado no le impedía mostrarse como hombre de pelo en pecho, Monseñor de Mérode —el «huracán», como pintorescamente le llamaba el Papa—, antiguo capellán del ejército francés en Argelia, había sido el «deus ex machina» de la empresa, que ya desde el primer momento paraba los pies a tanto taimado conspirador como hasta entonces se agitaba en la impunidad.

Pero el «huracán» necesitaba, a su vez, del rayo. Monseñor necesitaba un Jefe. Un Jefe de corazón para encauzar aquella magnífica lista de valientes. Un Jefe de técnica y de experiencia militar, para contrabalancear en lo posible la abrumadora inferioridad a que, desde el primer momento, aquellas bizarras tropas se veían condenadas. Y cuyo prestigio personal significase la humana aportación a una obra que solamente se comprendía como posible echándose en brazos de la Providencia.

Allá en sus mejores tiempos, en sus campañas de África, Monseñor había conocido e intimado con un valiente oficial a quien el 10 de julio de 1830 se hacía el honor de confiarle el izar el pabellón francés sobre el castillo del Dey de Alger, la Casbah. Este magnífico episodio no había sido, sin embargo, más que un prólogo de la más brillante de las carreras, que al frente de sus zuavos había de ilustrarse infinidad de veces: el Goleah, Bujía, Constantina, fueron otros tantos escalones de sus ascensos. En gran parte, Francia le debía la conquista del mejor florón de su imperio: el Africa del Norte. Pero Monseñor no se había limitado a seguir las hazañas del militar: había sido testigo del gran corazón de aquel que, en 1844, era ya Gobernador General de Orán, y de su hermosa alma, naturalmente cristiana, más o menos entenebrecida por las influencias de su época, que se complacía, desde su alto puesto, en facilitar la labor —y aun de colaborar con ella— de aquellos celosos pastores que se apresuraba a enviar Gregorio XVI con el encargo de restaurar el Evangelio en la que había sido patria conspicua de los Santos Agustín, Fulgencio y Cipriano.

Más tarde, Monseñor perdió temporalmente contacto con el General. Este había llegado al punto culminante de su gloria al vencer al temible Abd-el-Kader. Pero la Pro-

PLURA UT UNUM

videncia velaba mejor por el alma noble que por los laureles de aquel hombre excepcional, que aun había, sin embargo, que salvar a su Patria, bien que perdiendo su popularidad, en la tremenda jornada del 26 de junio de 1848, al enfrentarse y vencer a la hidra revolucionaria que ya se había adueñado de las barricadas de París. La Providencia velaba y le hacía ver a qué tremendos abismos llevaban los errores liberales, democráticos y aun socialistas en los que él, llevado de su propia generosidad, creyendo ver en ellos la panacea para la Sociedad moribunda, había comulgado. La Providencia velaba y le preparaba un cáliz del dolor para purificar su alma, premiando así el último de sus méritos: haber sido el auténtico propulsor de la expedición de Audinot, que, pese a las vacilaciones del Gobierno que le enviaba, devolvió, al fin, al Padre común, su Solio, que la canalla le había arrebatado. Antes de serlo en su propia conciencia, ya era, La Moricière, católico políticamente.

Y Monseñor de Mérode, como delegado ahora de aquella misma Providencia, había vuelto a encontrar al ya viejo y siempre glorioso amigo en Bruselas, en el destierro, puesto que se hallaba exilado allí desde el golpe de Estado del 2 de diciembre: Napoleón III, entre sus grandes errores, tuvo el de no saber apreciar aquel hombre. Y lo había ya encontrado, por fin, enteramente cristiano, recién desembarcado en las luminosas playas de nuestra Santa Religión, adonde le habían conducido desengaños y dolores, entre ellos el mayor el de la prematura muerte de su hijo, con quien le estuvo vedado reunirse. Y Monseñor, el «huracán», dió gracias fervientes al cielo, porque hallaba, por fin, el jefe que había soñado.

«¡No habéis sido nunca vencido, y ahora lo seréis!», le decían sus amigos, que intentaban disuadirle de aquella empresa, para ellos vana. «No importa, contestaba el General, ¡la Causa bien merece esta pena!» «¡Se os quitará la nacionalidad francesa!» «Querido amigo: cuando yo muera, no se me pedirá si sé el Código penal, pero sí el Catecismo. Y, en definitiva, si se me despojase de mi calidad de ciudadano francés, el Universo católico me la devolvería por aclamación.» Su decisión, sin duda, tenía mucho de heroico. A los ojos de las personas «sensatas» era pasar por un atolondrado. A los de los políticos, por un «faccioso». A los de los militares, descender de la categoría de generalísimo del primer ejército del mundo al de jefe de un puñado de jóvenes que no habían oído silbar las balas. Mas el General no vacilaba: «Señores, dijo, cortando en seco la discusión, cuando un Padre, en su abandono, llama a su hijo para que le defienda, no queda más que una cosa: ir. Iré».

«Sans peur et sans reproche»

Y así, el vencedor de Abd-el-Kader, el que batió a la revolución en el París de 1848, acudía otra vez a defender las mejores esencias de la civilización —que defenderla es el hacerlo con la Iglesia, su Madre y fuente—, nuevo Cruzado que había de enfrentarse con un enemigo más solapado que el Turco.

¡Magníficos cuadros los de la oficialidad de aquellas tropas, menguadas físicamente, pero soberbias en espíritu! Antes, al comenzar las presentes líneas, hemos hablado de Pimodan, cuyo nombre histórico había de inmortalizarse, definitivamente, en la jornada de Castelfidardo. Jefe auténtico, digno segundo del Generalísimo pontificio, no cedió el puesto que le fué encomendado sin que el enemigo pasase por encima de su cuerpo. Mejor que Bayardo, merece, así por su sangre como por su Causa, el título de caballero sin miedo y sin tacha. Este caballero francés, en definitiva, cayó en Romagnano por la dudosa causa de un rey temporal; el otro, el mejor, de la Muerte amiga que nos presenta Jorge Manrique, no hubiera podido menos que oír de sus labios:

*Y pues vos, claro varón,
tanta sangre derramastes
de paganos,
esperad el galardón
que en este mundo ganastes
por las manos...*

«Sans peur et sans reproche» las tropas, los oficiales, el héroe de Castelfidardo y, en fin, por encima de todos, sin miedo y sin tacha, su generalísimo, La Moricière. Un corresponsal de guerra le vió comulgar en Loreto. «Me parece verle —decía muchos años después—, inmóvil, de rodillas, en la actitud del más profundo recogimiento... Se le hubiera creído una de estas estatuas de los caballeros cruzados, sin miedo y sin tacha, que nuestros antepasados labraban en la piedra, en actitud orante, apoyados en sus espadas.»

El heroico Anibal del pequeño ejército, al oír, en Ancona, la noticia de la muerte de su Asdrúbal —de Pimodan—, hubo de exclamar: «¡Ya no me quedan soldados!». Mas aun esperaba que la Causa del Pontífice, que era «la de la civilización y la de la libertad del mundo», según la Historia, la triste Historia de todo un siglo atormentado se ha cuidado de ratificar después, motivaría la intervención de Francia, quizá la de Austria. Era menester resistir en Ancona, dar tiempo a las Cancillerías. Era menester, manteniéndose firme en las ruinosas casamatas y en las mal abiertas trincheras, dar tiempo a que, allá en los cómodos despachos ministeriales, sacudiesen su pereza los hombres de Estado. Su pereza, o... su cobardía. Y Ancona se defendió, contra fuerzas decuplicadas, del doble ataque naval y terrestre. Rodeado de cadáveres, La Moricière, que las balas parecían respetar, rehusaba rendirse aún... Los llamados «mercenarios» del Papa demostraban al mundo que si eran mercenarios lo eran del Señor más alto: de Aquel para Quien no hay héroe anónimo, y que paga a sus soldados con el ciento por uno más la vida eterna.

Al fin, el almirante piemontés, un triste almirante cualquiera, llamado Persano, tuvo el inesperado honor de recibir la espada del vencedor de Abd-el-Kader y conquistador de Algeria. Entretanto, el general Fanti, ya jefe de unas tropas que se llamaban italianas, se complacía, durante mucho tiempo, en dirigir el fuego de su artillería sobre una ciudadela cubierta por la bandera blanca... La Moricière ofrecía al Vicario de Cristo más, mucho más, que una vida que nunca había valorado. Le ofrecía el ser blanco de la burla, de la «conmiseración» de todos los gusarapes que, incapaces de elevarse a las alturas del águila, gustan de acercarse a ella y creerse más altos si se aúpan sobre un pedrusco para mejor gozarse viéndola abatida.

«...That ignominy which forms the special glory, of dying for simply being a christian»

Y aquí queremos tributar un especial homenaje a estos altos caballeros, a La Moricière, a Pimodan, poniendo de manifiesto el especial valor del ofrecimiento que acababan de hacer a nuestra Madre la Iglesia...

En las doradas páginas de «Fabiola», quintaesencia de la novela cristiana, se halla un pasaje exquisito entre todos. Pancracio se despide de Sebastián para el martirio. Y el joven, que ha estado mucho tiempo bajo la tutela del bizarro militar, y futuro mártir también, le pregunta por qué razón ha procurado retardar esta hora gloriosa teniéndole varios meses oculto en Campania. Y Sebastián satisface su curiosidad. Pancracio, llevado de su arrojado juvenil, había, un año antes, desafiado las iras del Emperador rasgando el edicto de persecución. Esta «campanada» había, como no podía ser menos, conmovido la Sociedad romana, y le había acarreado, como es lógico, pese al odio que movía al paganismo moribundo, una aureola

de popularidad. Y, precisamente, era esta aureola lo que Sebastián no quería, en forma alguna, para Pancracio. «Hijo mío, le decía, tú habrías, igualmente, sido preso y condenado. Tú hubieras, igualmente, sufrido por Cristo. Pero te hubiera rodeado una atmósfera muy distinta. Tu rebeldía te hubiera otorgado un prestigio. Quizá hubieras llegado a sentir, por ello, una ráfaga de orgullo. Por el contrario, ahora, que aquel incidente se halla olvidado, te encuentras condenado, confundido con la masa de nuestros hermanos y envuelto, con ellos, del padrón de ignominia que es nuestra verdadera gloria. La ignominia de ser tenidos siervos de Cristo. Jamás hubiera querido que hubieras perdido esta ocasión... «that ignominy —en el texto original de Wiseman— which forms the distinctive merit and the special glory, of dying simply being a Christian», «esta ignominia que constituye nuestro mérito y nuestra gloria, o sea, morir, simplemente por ser cristiano».

Algo de esto ha acontecido con La Moricière. «Il alla se cacher dans sa terre de Chillon.» Desde entonces la incompreensión —salvo, como es natural, entre los auténticos católicos— hubo de rodearle, y ha acompañado, luego, su memoria. Jesucristo, que permitió que tantas calumnias se abatiesen sobre Pío IX, quiso que participase de ellas, aun después de muerto, su bravo defensor. Por ello es que hoy La Moricière no goza de la fama que correspondería a su inmensa categoría, en los anales militares, a donde, viscosa, ha llegado la baba de la secta. Mas, como bien dice su gran biógrafo Mgr. Baunard, Dios ya le avanzó en esta pobre tierra la prenda de sus futuras recompensas: «Dieu paya son serviteur par un redoublement de grâce. La grâce élévative, fit monter son esprit dans une plus entière intelligence de la doctrine, et son coeur dans une plus vive intensité d'amour». Y es en sus últimos tiempos, los que precedieron a su muerte, que encontramos una última anécdota del gran General, instructiva entre todas. Hemos significado antes la influencia que las corrientes liberales habían ejercido en su ánimo generoso. El 8 de diciembre de 1864, apareció el *Syllabus*. Por grande que fuera el progreso de la ortodoxia en la mente privilegiada del ilustre militar, que dedicaba al estudio la integridad de sus últimos tiempos, quizá uno que otro de sus puntos podía chocar con alguna preocupación atávica que inconscientemente le restase. Alguien, en medio de la efervescencia que produjo aquella Espada de Dios al templarse al rojo vivo en las aguas inquietas de aquel siglo, quiso, en vista a publicidades, invitar al General a discutir los actos de la Santa Sede. Mas aquí, como antes, éste «coupa net». «Je suis le soldat du Pape, je ne suis pas son théologien», se limitó, seco, a contestar.

«Je suis le soldat du Pape...»

Magnífica respuesta, por cuanto brilla en ella la más suprema discreción. «Je suis le soldat du Pape...» No quiere Dios la fe del carbonero en aquellos que, por su situación social, están llamados a puestos más altos que el carbonero... y La Moricière entendía bien este deseo de Dios, cuando se autoinstruía, y buscaba y gustaba, ansioso, de la Verdad. Pero en algunos momentos, por el contrario, la fe del carbonero es prueba de discreción y de talento, además de humildad. Y en esta respuesta brillan las tres cualidades. «Yo soy el soldado del Papa. No su

teólogo.» Si esta discreción hubiese informado a muchos Príncipes y a muchos grandes de la tierra a través de los siglos, ciertamente que la Historia del mundo sería otra, y las malditas inmixiones del poder civil que tanto han afligido a nuestra Madre la Iglesia no hubieran, de rechazo, contribuido tanto a la ruina de la Sociedad.

«...Que tanto han afligido a nuestra Madre la Iglesia...»

No es, ciertamente, nuestra Madre, en su carácter de Sociedad, una Sociedad anónima al estilo moderno, sin personalidad y sin corazón, sino Sociedad auténtica, informada por el mejor corazón materno. En ella caben todos, y estos magníficos ejemplos mueven, como pocos, a amarla intensamente. No son los que hoy presentamos rasgos sublimes de desprendimiento terreno de religiosos, ni altas enseñanzas de Papas y de Cardenales. Son ejemplos que nos ofrecen militares, hermanos nuestros mayores, casi contemporáneos, que han reverdecido en la Historia de la que es Esposa de Cristo las hazañas, ya lejanas, de los Cruzados, y que nos han renovado el espíritu, más alejado aún en el tiempo, de los Santos Sebastián y Mauricio. ¿Dónde hallar ejemplos y anécdotas como éstas, si no es en las luminosas playas de nuestra Patria, la Iglesia?

Y este amor de sus hijos es lo que ha movido a todos estos corazones generosos a defenderla. No le faltará, ciertamente, esta asistencia filial, a Aquella que su Esposo, Cristo, prometió su Asistencia superior hasta la consumación de los siglos, reflejo la primera de la segunda. Esta seguridad movió —y otra vez nos complacemos aquí en ceder la palabra a un apologista bien alejado del campo de nuestros Maestros en muchas de sus doctrinas— a Montalembert, contemporáneo de los acontecimientos que citamos, a aquellas tremendas oraciones con las que pulverizaba los manejos de los enemigos, y con las que ponía al desnudo las maquinaciones de los Cavour, de los Garibaldi y de los Mazzini. Dirigiéndose a Víctor Manuel, ponderando la cobarde desigualdad de fuerzas en que se amparaba, le decía estas valientes frases con las que queremos coronar este artículo: «... Sachez bien, cependant, que cette inégalité n'est pas pour vous, mais contre vous. Vous avez 500.000 hommes, des flottes, du canon, toutes les ressources... C'est vrai. Et le Pape n'a rien de tout cela, mais il a ce que vous n'avez pas, il a une force morale, un empire sur les consciences et sur les âmes auquel vous ne pouvez avoir aucune prétention, et cet empire est immortel...».

«...Permettez-moi une comparaison familière. Quand un homme est condamné à lutter contre une femme, si cette femme n'est pas la dernière des créatures, elle peut le braver impunément. Elle lui dit: Frappez, mais vous vous déshonorerez, et vous ne me vaincrez pas. Eh, bien! l'Eglise n'est pas une femme, elle est bien plus qu'une femme, c'est une mère!»

«C'est une mère. C'est la mère de l'Europe, c'est la mère de la société moderne, c'est la mère de l'humanité moderne. On a beau être un fils dénaturé, un fils révolté, un fils ingrat, on reste toujours fils, et il vient un moment, dans toute lutte contre l'Eglise, où cette lutte parricide devient insupportable au genre humain, et où celui que l'a engagée tombe accablé, anéanti, soit par la défaite, soit par la reprobation unanime de l'humanité!»

Luis Creus Vidal

S. S. Pío IX descubre y condena las maquinaciones del Gobierno piamontés

La Iglesia, Sociedad perfecta

Habiendo sido fundada e instituida la Iglesia católica por Nuestro Señor Jesucristo para cuidar de la salvación eterna de los hombres, recibió en virtud de su divina institución la forma de una sociedad perfecta, por lo que debe gozar de una libertad que no esté sometida a ninguna autoridad civil en el desempeño de su sagrado ministerio. Como que para obrar libremente, cual convenía, necesitaba de aquellos recursos que se conformaran con la condición y exigencias de los tiempos, aconteció, por singular disposición de la divina Providencia, que a la destrucción del Imperio Romano y su división en muchos reinos, el Romano Pontífice, a quien Jesucristo constituyó centro y cabeza de su Iglesia, obtuvo un principado civil. Dios sapientísimamente lo dispuso de este modo para que entre tanta muchedumbre y variedad de Principes temporales, el Sumo Pontífice gozara de aquella libertad política que en tanto grado es necesaria para ejercitar sin obstáculo ninguno en todo el orbe su potestad, autoridad y jurisdicción espiritual. Y de tal suerte absolutamente convenía, para que en todo el universo católico no se originara algún motivo de duda de que aquella Sede, a la cual toda la Iglesia debe acudir por causa de su preeminencia, podía ser guiada alguna vez, en el gobierno universal, por el influjo de las potestades civiles o por el espíritu de partido.

Fácilmente se comprende de qué modo este principado de la Iglesia Romana, si bien por su naturaleza implica una cosa temporal, reviste, sin embargo, una indole espiritual por razón de su destino sagrado y del estrecho lazo que le une a los intereses más grandes del Cristianismo. Nada impide por otra parte el tomar todas las medidas que conducen a la felicidad temporal de los pueblos, como lo han hecho los Papas y patentísimamente lo atestigua la historia del Gobierno Pontificio durante tantos siglos.

Labor insidiosa de sus enemigos

Mirando el principado de que hablamos al bien y utilidad de la Iglesia, no es de maravillar que los enemigos de dicha Iglesia repetidas veces hayan puesto en juego todo linaje de asechanzas y esfuerzos para destruirlo y acabar con él: sus criminales maquinaciones, sin embargo, tarde o temprano han fracasado, por la constante protección que Dios dispensa a su Iglesia. Todo el mundo sabe de qué modo en estos tristísimos tiempos los encarnizados enemigos de la Iglesia católica y de esta Silla Apostólica, habiéndose hecho abominables en sus deseos y hablando hipócritamente la mentira, conculcados los derechos divinos y humanos, inicualemente se esfuerzan en despojar a esta misma Sede del poder temporal que disfruta; y esto no como en otro tiempo, por medio de una agresión manifiesta y con la fuerza de las armas, sino alegando arteramente principios tan falsos como dañosos y excitando perversamente motines populares. Pues no se avergüenzan en persuadir a los pueblos la nefanda rebelión contra los príncipes legítimos, la cual clara y patentemente es condenada por el Apóstol, cuando dice: *Esté sujeta toda alma a las potestades más elevadas. No hay potestad que no venga de Dios, y las que existen, por Dios son ordenadas. Y los que resisten a la potestad, resisten a la ordenación de Dios. Y los que resisten, se granjean su propia condenación. Estos astutos y malísimos hom-*

bres, al paso que atacan el poder temporal de la Iglesia y desprecian su veneranda autoridad, llevan su impudencia hasta decir públicamente que no dejan de reverenciar y obedecer a esta misma Iglesia. Y es por extremo de lamentar que tan perversa manera de obrar haya contaminado a alguno de aquéllos que, en calidad de hijos de la Iglesia, deben emplear en su protección y auxilio la autoridad de que gozan respecto de los pueblos que les están subordinados.

Hostilidad del Gobierno piamontés

En las maneras y perversas maquinaciones que lamentamos, tiene una parte principal el Gobierno del Piamonte, del cual todos saben ya hace tiempo cuántos y cuán deplorables daños y perjuicios han provenido en aquel reino a la Iglesia, a sus derechos y a sus sagrados Ministros; de lo cual vehementemente nos lamentamos principalmente en la Alocución consistorial, pronunciada el día 22 de enero de 1855 (1). Después de haber despreciado hasta ahora dicho Gobierno nuestras justísimas reclamaciones sobre este punto, ha llegado su temeridad hasta el extremo de no abstenerse de ninguna manera de irrogar una injuria a la Iglesia universal, atacando violentamente el Principado civil con que Dios quiso que estuviera adornada esta Silla del Bienaventurado Pedro para conservar y defender, como dijimos, la libertad del ministerio apostólico. Rebeláronse ciertamente los primeros indicios manifiestos de esta agresión, cuando en el Congreso de París del año 1856, entre otras proposiciones hostiles expuestas por el Gobierno del Piamonte, presentó un medio especioso para debilitar el dominio temporal del Romano pontífice y disminuir la autoridad de esta Santa Sede. Pero cuando en el año último se encendió la guerra de Italia entre el emperador de Austria y el emperador de los franceses, aliado al Rey de Cerdeña, ningún fraude ni maldad se omitió a fin de que los pueblos de los Estados Pontificios fueran impelidos de todos modos a una defección criminal. De aquí los emisarios enviados, el dinero profusamente derramado, las armas suministradas, las excitaciones promovidas por medio de proclamas y periódicos y todo linaje de fraudes puestos en juego aun por aquellos que desempeñaban en Roma el cargo de Embajadores del dicho Gobierno: no haciendo caso del honor, ni del derecho de gentes, criminalmente abusaban de su propio cargo para fraguar tenebrosas maquinaciones en daño de nuestro Gobierno Pontificio.

La insurrección de las provincias pontificias

Después, cuando en algunas provincias de nuestros Estados estalló la sedición que de muy atrás y oculta-mente se había preparado, al punto proclamaron sus fautores la dictadura real, e inmediatamente fueron elegidos por el Gobierno del Piamonte comisionarios, que llamados luego con otro nombre, tomaron a su cargo el gobierno de aquellas provincias. Mientras esto sucedía, Nos, acordándonos del deber de nuestro gravísimo cargo, en nuestras dos Alocuciones pronunciadas el día 20 de junio y el 26 de septiembre del año anterior, no dejamos de quejarnos muy alto de esta violación del principado civil de esta Santa Sede y advertir al mismo tiempo seriamente

(1) Vid. CRISTIANDAD, núm. 70, pág. 89. Alocución «Probe meminertis».

a los violadores las censuras y penas impuestas por las disposiciones canónicas, en las cuales, por consiguiente, miserablemente habían incurrido. Era de esperar que los autores de la consumada violación, en vista de nuestras reiteradas advertencias y quejas, desistieran de su malvado intento, mayormente viendo a los Prelados de todo el mundo católico y a los fieles de todas categorías, dignidad y condición, confiados a sus cuidados unirse a Nos para defender con unánime empeño la causa de esta Silla Apostólica, de la Iglesia universal y de la justicia, comprendiendo muy bien de cuánta importancia es el principado civil para el libre ejercicio de la jurisdicción del Supremo Pontificado. Pero, con horror lo decimos, el Gobierno del Piamonte no sólo ha despreciado los avisos, quejas y penas eclesiásticas, pero también, insistiendo en su maldad y arrancando contra todo derecho el sufragio popular con dinero, las amenazas, el terror y otras maneras arterias, en ninguna manera vaciló en invadir, ocupar y someter a su poder y dominación nuestras mencionadas provincias. Faltan palabras para reprobar tan grande crimen, que comprende en sí otros muchos y muy graves delitos. Pues es un grave sacrilegio el que se comete usurpando los derechos ajenos contra la ley natural y divina, se echa por tierra toda justicia, y se acaba de todo punto con los fundamentos del principado civil y de toda sociedad humana.

Condenación de estos hechos

Comprendiendo por un lado, no sin grandísimo dolor de nuestra alma, que serían inútiles nuevas súplicas ante aquéllos que, cerrando sus oídos como sordos áspides, no se han conmovido hasta ahora con nuestros avisos y lamentos, sintiendo íntimamente por otro, lo que en tan grande perversión de cosas, demanda absolutamente de Nos la causa de esta Sede Apostólica y de todo el mundo católico tan gravemente combatido por las obras de estos hombres malvados; Nos, debemos guardarnos de vacilar por más tiempo, no parezca que faltamos a los gravísimos deberes de nuestro cargo. Pues las cosas han llegado a tales términos, que siguiendo las huellas de nuestros ilustres antecesores debemos hacer uso de aquella suprema autoridad, con la cual divinamente se nos ha conferido el poder de desatar y atar, y a fin de que empleando la severidad con los culpables, sirva de un saludable ejemplo para los demás.

En tal concepto, después de haber implorado con oraciones públicas y privadas la luz del Espíritu Santo, después de haber tomado consejo de una Congregación especial de Venerables Hermanos nuestros, Cardenales de la Santa Iglesia Romana, con la autoridad de Dios todopoderoso y de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, de nuevo declaramos, que todos aquellos que han perpetrado la nefanda rebelión en las sobredichas provincias de nuestros Estados Pontificios, la usurpación, ocupación e invasión de las mismas y demás cosas a este tenor, de las cuales nos lamentamos en nuestras mencionadas Alocuciones del 20 de junio y 26 de septiembre del año anterior, o cometieron alguna de estas cosas, así como los que lo mandaron, los fautores, ayudadores, consejeros, agregados y cualesquiera otros que de cualquier modo o bajo cualquier pretexto procuraron la ejecución de las sobredichas cosas o por sí mismos las llevaron a cabo, han incurrido en excomunión mayor y en las demás censuras y penas eclesiásticas impuestas por los sagrados Cánones, las Constituciones Apostólicas y los Decretos de los Concilios generales, principalmente el tridentino; y si necesario es de nuevo los excomulgamos y anatematizamos, declarando también que han incurrido igualmente por esto mismo en la pérdida de todos y cada uno de los privilegios, gracias e indultos de cualquier modo concedidos por Nos o por los Romanos Pontífices nuestros predecesores; y que de estas

censuras por nadie pueden ser absueltos o libres, a no ser por Nos o por el Romano Pontífice entonces reinante (excepto en el artículo de la muerte, incurriendo de nuevo en la censura si convalecieren); y además los declaramos inhábiles e incapaces del beneficio de la absolución hasta que públicamente se retractaren, renovaren, anularen y abolieren todos aquellos atentados, de cualquier modo que sean, y plena y efectivamente reintegraren todas las cosas a su antiguo estado, o dando por otra parte de antemano la debida y condigna satisfacción a Nos y a esta Santa Sede. Por lo tanto, todos aquéllos, si quiera sean dignos de especial mención, así como también sus sucesores en los cargos, de ningún modo están libres y exentos por el tenor de las presentes o bajo cualquiera otro pretexto, de la retracción, revocación, anulación y abolición de todos aquellos atentados, como arriba dijimos, o de satisfacer real y efectivamente y de antemano y como conviene a la Iglesia, a la Santa Sede y a Nos, sino que por el tenor de las presentes, decretamos, y asimismo declaramos, que están obligados a todas estas cosas para que puedan conseguir el beneficio de la absolución.

Solicitud paternal de Pío IX

Mas al paso que apremiado por una triste y urgente necesidad cumplimos con amargura esta parte de nuestro cargo, en ninguna manera olvidamos que Nos desempeñamos en la tierra las veces de Aquél que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva, y que vino al mundo a buscar y salvar lo que había perecido. Por lo cual con humildad de nuestro corazón imploramos y pedimos sin intermisión con fervorosas oraciones la misericordia del mismo para todos aquéllos contra quienes nos hemos visto precisados a implorar la severidad de las penas eclesiásticas, a fin de que benignamente los ilustre con la luz de su divina gracia, y con su omnipotente virtud los reduzca del camino de la perdición a la senda de la salud.»

(Letras Apostólicas «Cum Catholica Ecclesia», 26-III-1860).

Agresión injusta e impía

«Con increíble dolor de nuestra alma y profunda tristeza, nos vemos precisados a deplorar y reprochar, Venerables Hermanos, los atentados nunca oídos hasta hoy, cometidos de nuevo por el Gobierno del Piamonte contra Nos, la Santa Sede y la Iglesia Católica. Este Gobierno, como sabéis, abusando de la victoria que con la ayuda de una grande y belicosa nación, obtuvo en una guerra muy funesta, extendió por Italia su reino contra todos los derechos divinos y humanos, excitando los pueblos a la rebelión, arrojando con grandísima injusticia a los Príncipes legítimos de sus propios dominios, invadió y usurpó algunas provincias de Emilia, sometidas a nuestra autoridad Pontificia, cometiendo un injustísimo y de todo punto sacrilego atentado. Y mientras todo el mundo católico, correspondiendo a nuestras gravísimas quejas, no dejó de clamar fuertemente contra esta impía usurpación, dicho Gobierno acometió la empresa de arrogarse otras provincias de esta Santa Sede, situadas en el Piceno, la Umbría y en el Patrimonio de San Pedro. Viendo que los pueblos de estas provincias gozaban de entera libertad, que nos eran fielmente adictos, y que con el dinero profusamente derramado y otros engaños reprobados puestos en juego, no podían ser arrancados y alejados de nuestro legítimo gobierno civil y el de esta Santa Sede, introdujeron en estas provincias una turba de hombres perdidos que excitaban tumultos y sediciones, y un numeroso ejército que hostilmente las sometiera con las armas en la mano.

Conocéis muy bien, Venerables Hermanos, la impudente carta escrita por el Gobierno piamontés a nuestro Cardenal Ministro de negocios públicos para justificar su robo, donde no se avergonzó de anunciarnos que había

dado orden a sus tropas de ocupar nuestras sobredichas provincias, si no se licenciaba a los extranjeros alistados en nuestro pequeño ejército, formado por otra parte únicamente para conservar la tranquilidad de los Estados Pontificios y de sus pueblos. No ignoráis que casi al mismo tiempo que se recibía esta carta, eran ocupadas dichas provincias por las tropas piamontesas. Ciertamente que nadie puede dejar de conmoverse y llenarse de indignación viendo las mentirosas recriminaciones, las varias calumnias y ultrajes con que dicho Gobierno no se avergüenza en cohonestar su impia y hostil agresión contra la autoridad civil de la Iglesia romana y atacar nuestro propio Gobierno. Y ¿quién no se admirará en gran manera al oír que es reprendido nuestro Gobierno porque se han austerado extranjeros en nuestro ejército, siendo de todos sabido que a ningún Gobierno legítimo se puede negar el derecho de poder admitir extranjeros en sus ejércitos? Este derecho compete con más razón a nuestro Gobierno y al de esta Santa Sede, toda vez que el Romano Pontífice como padre común de todos los católicos, no puede dejar de acoger con entrañable cariño a todos aquellos que impulsados por el celo religioso quieren militar en el ejército Pontificio, y contribuir a la defensa de la Iglesia. Y es de advertir aquí, que este concurso de católicos extranjeros fué debido principalmente a la perversidad de los que han atacado el poder civil de la Santa Sede. Nadie, en efecto, ignora con cuánta indignación y sentimiento se conmovió el mundo católico, luego que supo la agresión tan injusta e impía llevada a cabo contra el dominio civil de la Silla Apostólica. De donde resultó que muchísimos fieles de varias partes del orbe católico, por su voluntad y con grande apresuramiento, vinieron a nuestros dominios Pontificios y se alistaron en nuestro ejército para defender denodadamente nuestros derechos, los de esta Santa Sede y los de la Iglesia. Pero con singular malignidad, no teme el Gobierno piamontés en titular calumniosamente mercenarios a nuestros soldados, sin embargo, de que no pocos, notables por el nombre de sus ilustres familias y únicamente excitados por amor de la Religión, han querido servir en nuestras tropas sin paga ninguna. Ni se oculta al Gobierno del Piamonte la fidelidad e integridad que brilla en nuestro ejército, siendo patente a dicho Gobierno, que han sido inútiles todas las engañosas arterias que ha empleado para corromper a nuestros soldados. No hay para qué detenernos en refutar la acusación de barbarie malamente atribuída a nuestras tropas, no pudiendo aducir ninguna prueba sus calumniadores, pudiéndose más bien volver contra ellos la acusación, que plenamente justificarían las atroces proclamas publicadas por los jefes del ejército piamontés.

Invasión de las Marcas y la Umbría

Pero conviene advertir aquí, que en ninguna manera podía nuestro Gobierno tener alguna sospecha de esta invasión hostil, habiéndosele asegurado que las tropas piamontesas habían penetrado en nuestro territorio, no con ánimo de invadirle, sino antes bien con el de arrojar las partidas de perturbadores. De aquí es, que el general de nuestras tropas no podía ciertamente pensar que habría de combatir con el ejército piamontés. Mas habiendo cambiado las cosas contra toda inopinada esperanza, supo la hostil irrupción ejecutada por aquel ejército, ciertamente muy superior en armas y soldados, y tomó la prudente resolución de retirarse a Ancona como ciudad fortificada a fin de no exponer nuestros soldados a un peligro inminente de muerte. Pero detenido en su camino por las tropas enemigas (2), vióse precisado a venir a las manos para abrir el camino a sí y a sus soldados.

(2) Batalla de Castelfidardo, el 18 - IX - 1860. El general Lamoricière, general en jefe del ejército pontificio, fué derrotado con 4.600 hombres por el general piamontés Cialdini con 20.000 hombres. Murió en la batalla el general Pimodan.

Por lo demás, al paso que tributamos las merecidas y debidas alabanzas a dicho general de nuestras tropas (3) y a sus oficiales y soldados que, atacados en esta inesperada y hostil irrupción, valientemente pelearon, si bien con fuerzas muy desiguales, por la causa de la justicia, de la Iglesia y de esta Santa Sede Apostólica; apenas podemos contener las lágrimas sabiendo cuántos valerosos soldados, especialmente distinguidísimos jóvenes, han perecido en esta injusta y cruel invasión, quienes con noble y religioso espíritu volaron a la defensa del principado civil de la Iglesia Romana. Conmúevanos, además, en gran manera, el luto que sobreviene a sus familias. ¡Ojalá que con nuestras palabras pudiéramos limpiar las lágrimas de las mismas! Pero confiamos en que no les será de ligero consuelo esta honrosísima mención que justamente hacemos de sus hijos y parientes muertos por el brillante ejemplo de esclarecidísima fidelidad, amor y piedad, que con alabanza inmortal de su nombre dieron a todo el mundo cristiano. Y albergamos la esperanza de que todos aquellos que gloriosamente sucumbieron por la causa de la Iglesia, alcanzaron aquella paz y eterna bienaventuranza que hemos suplicado y nunca dejaremos de pedir a Dios. Tributamos también en este lugar las debidas alabanzas a nuestros amados hijos los gobernadores de las provincias, principalmente de Urbino, Pesaro y de Espoleto, que en tan tristes y azarosos tiempos constante y diligentemente cumplieron con su deber.

Mas, ¿quién podrá, Venerables Hermanos, sufrir jamás la insigne impudencia e hipocresía con que los perversísimos invasores no vacilan en asegurar en sus programas que han ido a nuestras provincias para restablecer en ellas los principios de la moral y del orden? Y esto se afirma temerariamente por aquellos que tiempos ha vienen haciendo una guerra encarnizada a la Iglesia Católica, a sus ministros y a sus intereses, y que despreciando de todo punto las leyes y censuras eclesiásticas, se han atrevido a encarcelar a los distinguidísimos Cardenales de la Santa Iglesia Romana, a los Obispos y a los miembros más notables de uno y otro clero, arrojar de sus propios conventos a las Ordenes religiosas, robar los bienes de la Iglesia y devastar el principado civil de esta Santa Sede. ¡Los principios del orden moral serán sin duda restablecidos por los que establecen escuelas públicas de toda clase de falsas doctrinas, y también casas de prostitución; los que se esfuerzan en ofender el pudor, la castidad, la honestidad y la virtud, con abominables escritos y representaciones teatrales; burlarse y menospreciar los sacrosantos misterios de nuestra Santa Religión, de los sacramentos, preceptos, instituciones, ritos y ceremonias; quitar de en medio toda noción de justicia y echar por tierra y acabar con los fundamentos de la sociedad civil como religiosa!

En presencia de esta injusta, hostil y horrenda agresión y ocupación de nuestro principado civil y de esta Santa Sede por el Rey del Piamonte y su Gobierno, llevada a cabo contra todas las leyes de la justicia y el derecho universal de gentes, Nos, recordando bien nuestro deber, levantamos de nuevo con energía nuestra voz ante este vuestro respetabilísimo concurso y ante todo el mundo católico, y reprobamos y de todo punto condenamos todos los sacrilegios y nefandos atentados de dicho Rey y Gobierno, y declaramos y decretamos todos aquellos actos completamente nulos y de ningún valor, y reclamamos una y otra vez, y nunca dejaremos de reclamar, la integridad del principado civil de que goza la Iglesia Romana, y sus derechos pertenecientes a todos los católicos.»

(Alocución «Novos et ante». 28-IX-1860)

(3) Ver el artículo sobre el general Lamoricière en este mismo número.

El alcance exorbitante de la intervención piemontesa en Crimea

Los manejos maniobreros de largo alcance parecen cada vez más inasequibles para las posibilidades de las Cancillerías de los días actuales. Tiempo a propósito para su desarrollo fué indudablemente el transcurrido en la ambiental complejidad del siglo XIX. No sería probablemente fácil demostrarlo mediante una rápida síntesis, y no es la intención de estas líneas el llevarlo a cabo. Sin embargo, no resulta tan extenso ni tan laborioso registrar la existencia de la combinación de dos factores que se dieron entonces en el desarrollo de la vida pública internacional —intoxicada nefastamente desde la falsa Reforma— y que aparecen con la diáfana brutalidad de los acontecimientos cuya percepción llega a ser elemental: la desvertebración progresiva, aunque relativamente lenta en cuanto aun ingente, de los moldes existentes y la realidad de las varias probabilidades a seguir a muchos días vista, del mucho campo a correr. La existencia de esta combinación de factores puede contribuir a explicar la otra existencia del éxito de las aparentemente pequeñas iniciativas tortuosas de los manejos internacionales.

Como consecuencia en aquel mundo maniobrero se dió otro detalle que tampoco pasa inadvertido: una formidable sucesión de hechos conectados entre sí por una lógica causalidad. De las conjuras perfiladas salieron las revoluciones, y de los propósitos tenebrosos bien elaborados y bien apoyados por los creados intereses, salió su logro, sin que los inescrutables designios de la Providencia torcieran entonces su curso; esto último, de manera especialísima, en los hechos que llevaron a la unidad italiana. De esta forma, constatando la realidad de estos procesos de hecho, se comprende la fuerza casi omnipotente del empeño de una iniciativa inteligente. Un solo hombre, colocador perfecto de la situación y del engranaje de los intereses, podía, valorando exactamente los medios —recursos y procedimientos— de los demás, poseer la clave del desarrollo de los acontecimientos.

Es éste un matiz que tal vez sirva para aportar un elemento más a la explicación de lo que se ha llamado —en amarga frase mussoliniana de última hora— acción de «hipotecar» al *Risorgimento* italiano. Dijo Mussolini (Historia de un año): «La historia del *Risorgimento* está todavía por hacer...» —nosotros podemos avalar que así es, por lo menos en Italia—. «Precisa establecer cual fué la aportación del pueblo y cuál la de la monarquía, qué es lo que dió la revolución y qué la diplomacia.» Precisaré establecerlo o no; pero lo que ya está establecido es quién fué el que determinó al beneficiario: fué el que tuvo la iniciativa de la tortuosidad maniobrera política tanto nacional como internacional. De las cuatro oleografías que impresionaron la infancia de Mussolini, representando los cuatro factores del *Risorgimento*, es la segunda la que encarna al factor de esta «hipoteca» y del lucro, de la iniciativa inteligente en el principio, el desarrollo y el fin de los manejos: «Cavour, con los anteojos que le escondían diplomáticamente la mirada, el rostro cubierto por la corta barba que le hacía parecerse un poco al viejo señor de otros tiempos.»

Cavour fué el que planeó y llevó a cabo la de momento inexplicable intervención piemontesa en la guerra de Crimea. No aparecía, en efecto, cuál podía ser el interés del Piamonte en la acción contra Rusia, ni cómo estaban ligados sus menguados intereses de pequeño Estado

con los móviles de la guerra. ¿Qué importaban al Piamonte las cuestiones danubianas, las ambiciones rusas o las reticencias de la Sublime Puerta? Ni Francia misma parecía debía acudir al conflicto, si hemos de creer al general De Castelbajac, ministro en Moscú, en su comunicación de 19 de octubre de 1853 a Thouvenel, director de política entonces en el Quai d'Orsay: «Por más que examino la situación en todos sentidos, no puedo ver para Francia la necesidad ni menos el interés de la guerra; mientras que pueden resultar para ella los más graves inconvenientes y las más funestas consecuencias. Inglaterra está al abrigo de estas últimas, cuando menos de las consecuencias revolucionarias, que son seguramente las más importantes de evitar. También tiene dos intereses de que no participamos nosotros: la destrucción de las escuadras de todas las naciones e interrumpir la marcha de los rusos hacia la India. Me parece, pues, que todo debe invitarnos a no ir demasiado lejos detrás de Inglaterra, que siempre tendrá intereses comerciales diferentes de las potencias continentales.»

El proyecto de alianza con Turquía, Francia e Inglaterra fué llevado por Cavour a la Cámara el 3 de febrero de 1855. La oposición fué enconadísima. El proyecto atrajo sobre sí anatemas y tremendas profecías: «Si consentís en este Tratado, la postración del Piamonte y la ruina de Italia serán un hecho consumado», dijo Brofferio. Cavour, con habilísima elocuencia, logró la aprobación; pero incluso su propio hermano Gustavo votó en contra.

* * *

No va a ser ésta tampoco una relación de la campaña de Crimea y de la participación en ella de las tropas piemontesas. Y tal vez hayamos de pedir perdón por las muchas indicaciones negativas que ya contienen estas líneas. Pero para alcanzar el objetivo que nos proponemos es más interesante que pasemos a examinar ya de lleno la finalidad de Cavour al decantar al Piamonte a la intervención en Crimea. Puede resumirse en pocas palabras: dejar planteada la ya entonces llamada «cuestión italiana» a la hora de la paz. Para eso intervino precisamente y no le importó haber de dar un tan largo rodeo. Conocía el terreno diplomático que iba a pisar y se creía —no sin razón— capaz de manejar en él todos los resortes que habían de llevarle a la consecución del resultado propuesto.

Efectivamente, lo logró, y su maniobra, después del paso de los tiempos, bien puede ser calificada de maestra.

El Congreso de París, convocado al finalizar la guerra, adquirió, sin duda por los deseos de Napoleón III, el carácter de una reunión ecuménica europea. Austria, que no había sido beligerante, fué admitida al Congreso en méritos a la nota enviada a Rusia a última hora y que probablemente fué la que decidió al nuevo zar Alejandro II a aceptar el armisticio. Esta representación austriaca, que fué mal acogida por los rusos, molestó especialmente a su Plenipotenciario, el conde Orloff: «Hablan—dijo—como si hubieran entrado en Sebastopol.» Al final del Congreso fueron admitidos, con igualdad de trato, dos Plenipotenciarios de Prusia, que nada había tenido que ver con el conflicto. Finalmente, en la revista que el 1 de abril de 1856 pasó Napoleón a las tropas en el Campo de Marte, en ho-

nor de la paz, figuraron, al lado de los Plenipotenciarios, también dos generales españoles: Narváez y Prim nada menos.

El Congreso había comenzado, en los recién inaugurados salones del Quai d'Orsay, con un brillante concierto musical, al que alguien atribuyó el carácter de prelude de un consiguiente concierto europeo. De este aire general de concierto europeo se aprovechó Cavour, que con el marqués de Villamarina componía la Delegación sarda. De acuerdo con Luis Napoleón, en virtud de sus tenebrosos compromisos juveniles, supo provocar esta tónica general de desorbitación de los protocolos de la paz. Nada en ellos se resolvía de la cuestión de los Santos Lugarés ni de la protección que el zar Nicolás había pretendido prestar a los súbditos ortodoxos del Sultán, causas que tan concretamente habían figurado entre las motivantes de la guerra. Se neutralizaba el mar Negro, se otorgaba la libre navegación por el Danubio, se creaba el Principado autónomo de Servia, se segregaba una parte de la Besarabia para unirla al Principado moldavo y se prohibía que ninguna gran Potencia ejerciera el Protectorado exclusivo de los Principados danubianos. Pero posiblemente, el acuerdo de principio más importante para el porvenir inmediato de la Europa clásica fué el contenido en una especie de Protocolo adicional, en el que cristalizaron triunfalmente las intenciones de Cavour.

Napoleón III encargó al conde Walewski, ministro francés de Negocios Extranjeros, que planteara al Congreso la «cuestión italiana». Walewski, según consta, lo hizo con repugnancia; pero lo hizo.

La figura de Walewski destaca curiosamente en el segundo Imperio. No era un secreto para nadie que era el hijo de Napoleón I y de María Walewska; pero, paradójicamente, él se comportó siempre como si su filiación hubiera sido un secreto. Napoleón I se lamentó de no haber sido su nieto. Su hijo Walewski, con su bastardía oficiosa y silenciada, tuvo ya el suficiente carácter de incidencia dinástica para encontrarse y mantenerse con una personalidad francamente conservadora. Contrariamente al ambicioso Morny —hijo adulterino de la reina Hortensia, habido del general De Flahault y, por lo tanto, hermanastro de Napoleón III— no adoptó su actitud especiosa resumida en el lema de su carroza: «Tace sed memento» (Calla, pero acuérdate). Walewski calló y no recordó. Como conservador planteó con repugnancia el caso de Italia, pero lo planteó con amplitud.

Habló de la esperanza que abrigaba el Emperador de poder retirar pronto las tropas francesas de los Estados Pontificios, sin comprometer el orden interior del país, y añadió unos consejos exhortando a la clemencia a los demás gobiernos de la Península italiana. Lord Clarendon dió una forma de verdadera requisitoria a estos puntos de vista. Todo ello fué recogido por los números 2.º y 3.º del Protocolo XXII, conteniendo el último número una alusión directa, en lo tocante a la clemencia, para el Gobierno de las Dos Sicilias.

Cavour había logrado su objetivo. La cuestión italiana

quedaba planteada. Ninguna de las grandes potencias podía después ignorar el, según la tesis piamentesa, latente estado de discordia en los Estados italianos y las bases para la intervención y las anexiones consiguientes estaban ya echadas. No importaba para esto que el camino recorrido hubiera debido pasar por Crimea.

Existe una especie de fruición implícita en todo mecanismo de efectos a largo plazo, y detrás de cada mente de italiano inteligente se esconde también un alma de artista. La fruitiva seducción y el arte de la maniobra de esta parabólica acción de Crimea habrán de quedar inextirpablemente en la Historia.

* * *

Acabamos de decir que existe arte y fruición en la maniobra de Crimea. Pero esta fruición artística, en cierto modo, reporta una especie de enaltecimiento del procedimiento tortuoso, de exaltación de la forma perversa. Tanto peor cuanto —como todo lo que tiene algo que ver con el *Risorgimento* italiano— va acompañado de la nota del exceso. Ciertamente, fueron excesivos los resultados de la treta de Crimea.

La atadura de la forma fué factor eficiente en la vida pública del XIX. Pero pocas coyunturas ofrecieron la posibilidad de manejar esta atadura como ofreció a Cavour la intervención de Crimea y todas sus consecuencias.

Es vulgar la observación de que la Historia se repite. Lo más cierto es que la Historia existe y que la aspiración a la imitación y al trazado de paralelos históricos por los responsables es un hecho: Ahora bien: en días muy recientes y muy amargos para Italia surgió improvisamente una hiriente evocación a la maniobra crimeana. Mussolini, en su última fase, apeló a la memoria de Cavour y su manejo de Crimea. He aquí el resumen de este singular pensamiento mussoliniano de último instante: Tampoco a Cavour lo comprendieron cuando intentó la alianza para la intervención en Crimea. A pesar de todo, la llevó a cabo y los resultados fueron exorbitantes.

Podrá a esto observarse que Cavour lo hizo en otros tiempos, en que el campo de las posibilidades era más dilatado y con perfecto conocimiento y mesura de los resortes y de las posiciones. La observación será certera y ponderadas las distintas circunstancias de uno y otro caso el recurso mussoliniano de apelar a la memoria de Cavour y su maniobra podrá considerarse una muestra de estupidez, de cerrazón y de cinismo. De todo eso. Pero nunca como una contradicción en el formalismo histórico, en la heredada utilización de la forma del truco de resultados excesivos: Si Cavour esperó el triunfo de la absurda ruta por Crimea, con visión certera de los medios desorbitados y confiando en resultados excesivos, Mussolini esperó o dijo esperar el triunfo de otra ruta absurda, con visión desacertada de los medios, verdadera o fingida, y confiando o diciendo confiar en resultados también excesivos. Así, Italia recibió en su carne viva una herida de arma propia con toda la mortificación de los sangrientos sarcasmos.

Juan Manuel Montobbio Jover



La trágica situación de Alemania

El Papa habla a los niños

«Es la primera vez que os dirigimos la palabra a vosotros, amados niños y niñas, y lo hacemos ahora con un motivo especial. Os vamos a decir cuál es...»

Así, con cariñoso y paternal acento, se ha dirigido el Papa a los niños católicos de los Estados Unidos. Sus palabras se desgranaban armoniosamente para hacer llegar a los corazones infantiles una ligera visión de lo que está ocurriendo en gran parte de nuestro mundo, sobre el cual se abate la miseria y el hambre.

Los niños norteamericanos viven hoy en condiciones privilegiadas comparándolas con la vida llena de sinsabores y privaciones de los niños de otros países: «Vosotros —les explica el Pontífice— vivís felicísimos en vuestras magníficas escuelas, unas pequeñas, otras mucho más grandes. Tenéis luz y calefacción y todos los libros que os hacen falta para estudiar a gusto. Cuando se ha acabado la clase, os ponéis vuestros magníficos abrigos, bien a la medida, y os vais a jugar hasta sobre la nieve sin ningún miedo, porque vuestros zapatos, vuestros calcetines, son fuertes y os protegen bien contra el frío y la humedad. Cuando se hace de noche os ponéis a la mesa, donde os espera una cena caliente que ha preparado mamá para que crezcáis sanos y felices» (1).

¡Qué maravillosa suavidad descriptiva en estas palabras! ¡Y qué afortunados aquellos niños que no saben lo que es un hogar sin luz, sin comida, sin calor y muchas veces también sin la presencia del padre que sufre aún la suerte del prisionero, alejado de los suyos en tierra extranjera, sin saber cuándo ha de terminar su triste situación! Por eso el Papa, en rápido contraste, pone ante la imaginación de los pequeños el cuadro de tantas y tantas criaturas víctimas inocentes de odios y sectarismos. Pero escuchemos también nosotros al Pontífice:

«Debéis saber que hay otros millones de niños aquí en Europa, y también en el Lejano Oriente, cuya vida es muy diferente. Son jóvenes niños y niñas de vuestra edad, y ellos también deberían ser sanos y vivir felices; pero, en cambio, caen víctimas de enfermedades espantosas; tienen hambre, algunos de ellos no tienen ni siquiera lo necesario y muchos mueren muy jóvenes; tiritan de frío; sus vestidos se les quedan pequeños y están rotos; muchos no tienen más que harapos para cubrir sus cuerpos debilitados, y ni tienen zapatos ni tienen medias. Sus mamás, que les aman como os aman vuestras mamás, no les pueden dar más que un miserable pedazo de pan en todo el día para comer. Pero, lo que es todavía más triste, centenares de estos niños no tienen papá ni mamá que se encargue de ellos; han muerto durante la terrible guerra, y estos pequeñines vagan ahora por los senderos del campo, sin caer en la cuenta de los peligros que les rodean, y por la noche van a buscarse un refugio en barracas miserables, para empezar después otra jornada solitaria, sin ningún fin, llena de peligros, cuando el sol se levante de nuevo. ¡Y qué peligros les rodean! —prosigue diciendo el Papa—. Muchas veces no tienen ni una escuela que les atraiga, no les enseñan como a vosotros religiosos celosos, haciéndoles aprender esas cosas tan lindas que se refieren a Dios; es decir, que Dios les ha creado para Sí mismo, que les ama, que ha enviado a su Hijo Unigénito para redimirles y ayudarles a ir al cielo; que también ellos han de amar a

Dios, han de ser buenos, han de observar los mandamientos de Dios y todo lo que enseña la Iglesia. Se ven abandonados y ven que para ellos es fácil cualquier cosa mala», concluye el Romano Pontífice.

¡Trágica situación la de esta infancia triste y desamparada! Cuando ciertas organizaciones internacionales creadas para socorrer a los pueblos hambrientos, haciendo caso quizá «a las engañosas voces de la venganza y del odio» (2), se niegan a llevar el socorro de un pedazo de pan a los niños de determinadas regiones, resuena con sin igual emoción la voz de Pío XII: «Hoy los millones de niños que sufren miran con ojos suplicantes al Vicario de Cristo: *Dejadles que vengan a Nos, no se lo impidáis. A todos amamos con el mismo amor de Jesucristo y no les podemos dejar que sigan lamentándose entre las angustias del hambre pidiendo auxilio, que sus almas inmortales corren peligro de ser extraviadas por el enemigo de Dios*» (3).

Sabemos cómo la generosidad de los niños católicos de Norteamérica ha respondido a la alocución del Santo Padre. Hemos leído varias informaciones subyugadoras, que nos hablan de los actos de mortificación que vienen realizando, privándose, por ejemplo, de dulces y golosinas, con objeto de que lo ahorrado sirva de «alimento y de medicina para salvar la vida de algún niño menos afortunado y para protegerle contra el peligro de ofender al Señor. ¡Cuánto os va a amar el Señor —dice el Papa— por todo esto y cuánto os va a bendecir a vosotros, a vuestro porvenir y al de vuestras familias!».

La mayor tragedia europea

Pero, ¿tan grande es aún la miseria de muchos pueblos? ¿No habrá cierta exageración en las informaciones (¡tan breves!) que nos llegan de varios países? Estas o parecidas preguntas habrán podido tentar el ánimo de algunos, a los que ciertos tópicos propagandísticos han llegado a convencerles de que están en el mejor de los mundos. Además, son bastante frecuentes las noticias que nos hablan de la destrucción de alimentos en grandísimas cantidades, lo que parecería indicar que las necesidades, por lo menos las más elementales, se hallan satisfechas. Y, sin embargo, ¡cuán lejos estaría tal suposición de la más exacta y cruda realidad!

«Falta el pan, en el sentido literal de la palabra, a enteras poblaciones, que, por consiguiente, van languideciendo miserablemente, consumidas, debilitadas, víctimas de las enfermedades y de la miseria», ha precisado, con dolorido acento, el Romano Pontífice (4).

Tomemos el caso de una nación, sobre la cual pesan, en fabulosa síntesis, todas las desgracias y sinsabores a que se haya visto sometido quizá pueblo alguno, en momentos cruciales como el presente. Nos referimos a Alemania.

¿Sabe alguien lo que viene ocurriendo en aquel país? Al parecer, se ignora mucho más de lo que se conoce. Lo insinúan así algunos informes: «Lo que ocurre en Alemania con la masa íntegra de la población, no tiene precedentes en la historia. Mediante intensísima propaganda fundada en las crueldades cometidas por elementos nazis

(1) Pío XII. Mensaje a los niños católicos norteamericanos (19 de febrero de 1947).

(2) Pío XII. Mensaje de Navidad de 1946.

(3) Pío XII. Mensaje a los niños, cit.

(4) Pío XII. Mensaje de Navidad, cit.

en campos de concentración, se ha anestesiado a la opinión mundial con el objeto de que no se preocupe ni indague sobre qué es lo que está ocurriendo en la actualidad en el país vencido. Una espesa niebla de silencio se ha tendido sobre la mayor tragedia europea, niebla que sólo tratan de romper, con el valor que siempre los ha caracterizado, los círculos y publicaciones católicas y protestantes anglosajonas. Revistas como «The Catholic World», «The Commonweal», «The Tablet» y otras han elevado una enérgica voz de alarma ante lo que está sucediendo... De las viriles protestas formuladas por el Episcopado Alemán, casi nada ha llegado al conocimiento del público en el extranjero» (5).

Efectivamente, de las pastorales y alocuciones emanadas de las autoridades eclesiásticas de Alemania, muy pocas han podido salir del país, y aun alguna de ellas ha sufrido la censura cuando no la interdicción total por parte de las autoridades militares de ocupación.

Hasta hace muy poco no hemos podido conocer algunos textos de sumo interés, que nos describen con acentos realistas, la situación de todo un pueblo, abocado a la mayor catástrofe que tal vez registra la historia.

De tales textos, verdaderos documentos, citemos en primer lugar, la emocionante apelación de la Jerarquía católica a todos los obispos del mundo, en súplica de que, por todos los medios, «ayuden decididamente, por amor de la misericordia de Jesucristo, a nuestro pueblo, que echa sangre de mil llagas y que sufre extrema necesidad» (6).

La Pastoral de los Obispos alemanes, lleva las firmas de los Cardenales Frings, Faulhaber y Preysing, y de los restantes arzobispos y obispos reunidos en Fulda, «junto al sepulcro de San Bonifacio».

Entresacaremos algunos fragmentos: «Apenas hay una familia que no tenga que lamentar la pérdida de algunos miembros. Millones de padres de familia, maridos e hijos, se encuentran en cautiverio o desaparecieron hace ya largo tiempo. Las más de las ciudades y también numerosos pueblos pequeños están destruidos casi completamente o se han cambiado en horribles campos de ruinas... Muchos lugares perdieron también todas las iglesias... Muchos más de doce millones de nuestros compatriotas han tenido que abandonar su tierra hereditaria, casas y hogares, soportando ahora, consumidos por dolorosa nostalgia, solos y dispersos en tierra extraña, la dura suerte de fugitivos» (7).

Millones de seres expulsados de sus hogares

Las expulsiones de grandes masas de población, han sido una de las mayores calamidades de la postguerra.

Veamos la importancia de las mismas, a través de una Pastoral del Dr. Gröber: «En virtud del art. 9 de la Declaración del 2 de agosto de 1945, muchos millones de alemanes han sido condenados a ser expulsados de su tierra natal. Según estadísticas fidedignas, el número de católicos asciende a 3.205.900; el de los demás alemanes cristianos, a 7.162.100. Estos desterrados vienen de Breslau, Berlín, Ermland, Memel, Schneidemühl, de Danzig, Branitz y Glatz. Además de ellos, hay tres millones y medio de católicos de los Sudetes, forzados a abandonar sus hogares. Gran parte de ellos han ido desapareciendo sin ningún control, ni se sabe dónde. Un millón y medio de agricultores alemanes han pasado por Berlín, para vagar por Mecklenburg, Brandenburg, Sajonia y Turingia. También ha empezado el desplazamiento forzoso de los muchos alemanes de Hungría» (8).

¿Cómo se han realizado tales expulsiones? «Un testigo

ocular nos escribe: «Abatidos, medio muertos de hambre, se arrastran los seres por los caminos. Se trasladan en carros de mano o empujan sus pobres cosas en coches. Vi un carruaje sin caballos, ante el cual se habían enganchado seis niños. He visto a septuagenarios arrastrarse sudorosos con su carga. He visto Hermanas de San Borromeo arrastrar carros... Adelante, adelante, era la orden en todas las regiones. Adelante, marchar siempre, día y noche, con lluvia y nieve, sanos y enfermos. Pero, en nombre de Dios, ¿dónde descansar? ¿dónde comer algo y encontrar un puñado de paja para la noche? ¿quién suministraría algún alimento para los niños que gemían de hambre y frío? Nadie contestaba a estas preguntas... He visto con mis propios ojos cómo de un vagón se retiraron diez muertos y fueron arrojados en ataúdes preparados de antemano. Pude constatar también que en ese vagón varias personas se habían vuelto locas, y todas se encontraban sucias con excremento, pues habían sido acumuladas tan estrechamente que no quedaba ni siquiera un espacio libre con ese objeto. El tren de la miseria fué vaciado en Görlitz. Los que aun quedaban con vida fueron trasladados a otro tren que siguió viaje a la Alemania del Norte» (9).

El Cardenal Arzobispo de Colonia, en un sermón dirigido a sus fieles, decía: «Hay que pensar en el transporte de los alemanes que vienen de Polonia y Bohemia. Aunque personalmente inocentes, fueron arrancados de sus hogares, saqueados por completo, a veces literalmente desnudos y embarcados en carros de ganado. Diez millones de vidas humanas están en juego, seres humanos creados a imagen y semejanza de Dios y por quienes Nuestro Señor derramó su sangre. Vosotros, poderes victoriosos, sabéis bien de todo esto; por lo tanto, sois también responsables. La sangre de tantas mujeres y niños inocentes clama al cielo. ¡Por el bien de la Humanidad, tened misericordia de ellos!» (10).

Miseria y hambre. La mortalidad infantil

La situación para el resto de los alemanes, no es, salvo tal vez reducidas excepciones, mucho mejor.

Un periodista suizo, después de un recorrido por Alemania, explicaba: «Un viaje a través del Ruhr y una inspección del centro industrial de Essen con la empresa Krupp destruida, señala claramente todo lo desesperado de la situación. Mucho peor que las ruinas de acero y hierro son los harapos humanos que viven en estas ciudades de horror, cadáveres vivientes que vegetan en peores condiciones que las víctimas de los campos de concentración. Habitaciones inimaginables en subterráneos privados de luz, la carencia de una alimentación digna de seres humanos...» (11).

Vera Brittain ha escrito recientemente desde Londres:

«Otro ciudadano norteamericano, el secretario de la *New York Fellowship of Reconciliation*, relataba y describía, semanas después (del mes de junio), su visita a Kassel. Analizaba el ambiente psicológico que engendraba el hambre colectiva. Confirmando los datos por mí brindados con dos años de antelación en mi libro *Seed of Chaos* («Simiente del Caos»), declaraba que habían sido las personas inermes y sus moradas, más bien que las industrias básicas que se alegaron como objetivo, las que habían soportado el mayor peso de los bombardeos aliados. En Kassel, el viajero tuvo ocasión de ver una cruz de madera hincada en el largo montón de escombros que discurría a uno y otros lados, marginando la calle principal. Por Navidades, llegan a millares las coronas que se depositan en conmemorativa ofrenda sobre aquellos mon-

(5) Julio Philippi. *Una nación condenada a muerte*. (Estudios, agosto de 1946).

(6) Mensaje del Episcopado alemán (20 de agosto de 1946).

(7) Mensaje del Episcopado alemán, cit.

(8) Pastoral del Arzobispo de Friburgo, Dr. Conrado Gröber (22 de agosto de 1946).

(9) Pastoral del Arzobispo de Friburgo, cit.

(10) De un sermón del Cardenal Arzobispo de Colonia.

(11) Estudios, agosto 1946.

tones de escombros, sepultados entre los cuales yacen aún veinte mil cadáveres.

»...Desde otra ciudad igualmente en ruinas, Dusseldorf, el corresponsal del *Manchester Guardian* describía recientemente las condiciones en que viven muriendo 700 deficientes mentales, en un hospital que se alza en los arrabales. *Los enfermos están "reducidos a espeluznantes esqueletos recubiertos de parda piel maculada, sumidos en apatía, desánimo, quebranto y estupor"*.

»En Hamburgo, «el promedio de mortalidad infantil era, en marzo de 1946, de 104 defunciones por cada mil nacimientos» (12).

El colegio católico de San Canisio, de Colonia, escribía a mediados del pasado año, a una personalidad de Suecia:

«Lo que aparece en vuestros diarios sobre la indecible miseria que reina entre nosotros, queda muy atrás de la realidad. Si no hubiésemos recibido la semana pasada vuestra ayuda, muchos almuerzos habrían faltado. Pues muy a menudo no obtenemos nada con nuestras cartas de racionamiento, por la sencilla razón de que nada existe... Esta lucha por la existencia y esta carrera con el hambre destruye sencillamente la vida, de modo que no queda ninguna fuerza ni sentido para otras cosas» (13).

¿Y qué diremos de los niños alemanes, después de lo que ha explicado Su Santidad Pío XII a los niños norteamericanos, sobre los millones de tiernas criaturas que en Europa y en Asia mueren lentamente de hambre y de frío?

El «Caritas» bávaro, en una comunicación enviada al Dr. Erik Müller de Suecia, decía:

«La mortalidad infantil ha aumentado en tres y cuatro veces en relación a la preguerra; muchos niños mueren por falta de alimentación; muchos son víctimas de la tuberculosis, raquitismo y otras enfermedades como consecuencia de la deficiente alimentación y mal vestuario. Falta todo lo necesario para los niños... Gran parte de la población infantil no ha podido visitar las escuelas este invierno por falta de calzado. Paralela a la miseria material se desarrolla la miseria moral. La criminalidad infantil aumenta en forma aterradora. Niños y jóvenes marchan, devorados por el hambre en sus cuerpos y en sus almas, hacia un incierto porvenir, por no decir a una inevitable destrucción» (14).

Los campos de Sazony

Los prisioneros de guerra, cuyo término de cautiverio nadie conoce, viven en condiciones de manifiesta inferioridad humana. El Cardenal Arzobispo de Colonia, en el sermón anteriormente citado, habló de «un mercado infame de seres humanos», por el cual los prisioneros de guerra «son traídos de los Estados Unidos, con la esperanza de que al fin verán de nuevo su patria y sus familias, para después enviarlos a Bélgica y Francia, haciéndolos prisioneros otra vez y entregándolos a los trabajos forzados más severos. Protestamos —añadía— contra esta práctica, en nombre de la Humanidad y de la justicia... ¿Será revivida acaso —dijo el Cardenal Frings— la horrenda costumbre de los tiempos paganos, que convertía a los prisioneros de guerra en esclavos? ¿Es que ya no es posible emprender las obras de reconstrucción de los países hostiles, mediante contratos ordinarios de trabajo, como se hizo en 1919?». Describiendo las condiciones de los campos de concentración de los prisioneros políticos, el Cardenal denunció algunas muertes por consunción: «No hubo sacerdotes ni pastores que les auxiliaran en los últimos momentos, no se dió a sus cuerpos sepultura cristiana, ni siquiera sus cenizas fueron enviadas a sus familias para que ellas al menos vertieran

sus lágrimas sobre los restos de su ser querido. *Si os dais prisa, vencedores, y prestáis atención a estos campos de Sazony, quizás podáis encontrar todavía uno que otro de esos infortunados, enjuto hasta el esqueleto; pero debéis apresurarlos, o hasta el último morirá.* En verdad, los criminales de guerra alemanes merecen el castigo más severo. ¡Pero mirad que no se puede juzgar en nombre de la Humanidad, en tanto quienes se erigen en jueces toleran y aun cometen en medio de ellos cosas semejantes!» (15).

La cuerda está ya demasiado tirante...

El cuadro que hemos tratado fugazmente de describir con pluma ajena, es verdaderamente catastrófico. Quizá a esas y parecidas miserias se refirió el Papa cuando dijo: «La naturaleza humana, durante los largos años de la guerra y de la postguerra, víctima de innumerables e indecibles sufrimientos, ha dado pruebas de una increíble capacidad de resistencia. Pero esta fuerza tiene su fin, y para millones de seres humanos ha llegado. La cuerda está ya demasiado tirante» (16).

No es extraño que en el llamamiento anteriormente mencionado, exclamen patéticamente los Obispos alemanes: «Es cierto que intentamos constantemente ayudarnos a nosotros mismos bajo los mayores sacrificios. Pero este celo caritativo está extremadamente impedido y restringido, porque carecemos de todo: de vestuario, de ropa y calzado, como también de viveres de toda especie. Solamente el espíritu de sacrificio y de caridad de nuestros hermanos de fe católica... sobre todo de ultramar, será capaz de remediar esta necesidad gigantesca. Confiamos especialmente en la ayuda solidaria de toda la Iglesia mundial, de todos los Obispos y sacerdotes, religiosos y seglares. ¡Que el Espíritu de Dios encienda los corazones en todas las partes de la tierra para suscitar ejemplos verdaderamente heroicos de caridad fraternal! ¡Que toda la Iglesia se asemeje más y más al buen samaritano, siempre vivo, y que rivalice solidariamente para mitigar los sufrimientos!» (17).

A la vista de esa verdadera calamidad universal, cobra hondo significado la tremenda afirmación de Su Santidad el Papa felizmente reinante: «El mundo nunca ha tenido más necesidad que hoy de la gran vuelta a las máximas del mensaje de Belén. Y con todo, rara vez como ahora se ha manifestado tan dolorosamente entre los hombres el contraste entre los preceptos de aquel mensaje divino y la realidad de hoy» (18).

¿Podemos permanecer sordos ante el llamamiento de nuestros hermanos necesitados?

«Ningún católico puede cerrar sus oídos a ese llamamiento. Surge de la misma esencia del catolicismo la necesidad de socorrer a quienes con nosotros, con los católicos de todo el mundo, integran la Iglesia, Cuerpo Místico de Jesucristo», ha dicho nuestro Excmo. y Rdmto. Prelado (19).

«Calle todo estrecho egoísmo —amonesta el Soberano Pontífice—, toda vacilación mezquina, toda amargura, toda indiferencia y todo rencor. Vuélvase vuestra mirada solamente a la miseria y sobre todo al afán de millones de niños y de jóvenes entre los que hace "razia" el hambre. Así daréis y recibiréis al mismo tiempo el inefable aguijaldo: «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad» (20).

José-Oriol Cuffi Canadell

(12) *El Tiempo*, de Bogotá (21 de diciembre de 1946).

(13) *Estudios*, cit.

(14) *Estudios*, cit.

(15) Sermón del Cardenal Arzobispo de Colonia, cit.

(16) Pío XII. Mensaje de Navidad, cit.

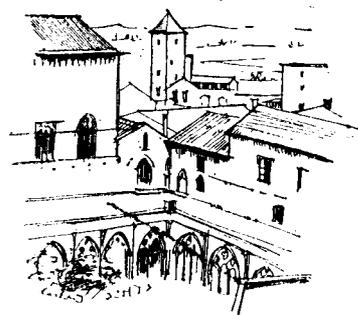
(17) Llamamiento del Episcopado alemán, cit.

(18) Pío XII. Mensaje cit.

(19) Circular del Excmo. y Rdmto. Sr. Obispo de Barcelona, Dr. Gregorio Modrego, con motivo del angustioso llamamiento del Episcopado alemán a la caridad. (Boletín Oficial del Obispado de Barcelona, 1.º de marzo de 1947).

(20) Pío XII. Mensaje, cit.

La restauración espiritual de Poblet entra en una etapa decisiva



Hoy, al poner los ojos en el diario, entre noticias de hambre, de huelgas, de atentados, de guerra civil, de persecución religiosa y de calamidades de todo género, leo en una breve gacetilla una escueta relación del embarque en el vapor que hace la ruta a Génova y con destino a Suiza, de nueve jóvenes monjes del Monasterio de Poblet que se dirigen al de Hauterive, cerca de Friburgo, en Suiza, también de la Orden del Cister, con el fin de cursar allí durante dos años sus estudios eclesiásticos superiores mediante becas concedidas a tal fin por la Hermandad de Bienhechores de Poblet.

Los que, gracias a Dios, sabemos medir y pesar la importancia relativa de los centenares de noticias que la prensa y la radio, el telégrafo y el teléfono lanzan a diario en confusa baránda por toda la amplitud del globo terráqueo; los que, gracias a Dios, tenemos la convicción profunda de la primacía de lo espiritual en la vida humana, y con ello poseemos la clave para saber el peso y la medida de la importancia de todo lo que sucede, no nos dejamos engañar fácilmente por las apariencias ni por el brillo y el ruido con que se lanzan muchas noticias de hechos a veces tan sensacionales como efímeros, y en cambio nos dejamos impresionar por noticias al parecer insignificantes que nos llenan de gozo y entusiasmo. Y es esto lo que hoy nos ha sucedido con aquella escueta noticia perdida en la avalancha de la información periodística.

No hace muchos días comentábamos con el mismo gozo y entusiasmo la magnífica fiesta que el día 25 del próximo pasado octubre se celebró en el Monasterio de Poblet, organizada y costeada por la benemérita Hermandad de sus bienhechores con motivo de la inauguración y la bendición de una serie de locales y piezas del Monasterio restauradas por dicha Hermandad y felizmente restituidas al servicio de la vida monástica. «Día memorable —escribíamos en nuestro comentario— en los anales de nuestro monasterio ha sido éste del 26 de octubre de 1946, en el cual la obra de la restauración material y espiritual de Poblet ha sido pública y solemnemente sellada y rubricada por la presencia de las autoridades eclesiásticas y civiles y las más altas jerarquías de la Orden del Cister. Día memorable que viene a ser el jalón indicador del fin de una importante etapa en el camino de la restauración y el principio de la siguiente de consolidación de lo hasta hoy realizado y de normalidad y plenitud de la vida monástica.»

Y he aquí que al cabo de un mes exactamente de celebrada aquella memorable fiesta, nos llega la noticia de la marcha de los nueve jóvenes monjes populetanos a un monasterio cisterciense de Suiza para completar sus estudios... y yo diría para completar también la significación que tuvo aquella fiesta en la historia de aquel glorioso cenobio.

¡Maravillosa historia la de nuestro gran Monasterio en los últimos años! Maravillosa con la maravilla de los milagros con que la Divina Providencia sabe apartar todos los obstáculos y allanar todos los caminos cuando se propone salvar una obra que humanamente parece condenada al fracaso. Poblet se presentaba hace unos seis años a los ojos de los que tienen una visión espiritual de las cosas, como un problema poco menos que insoluble.

Al principio pareció a todos por un momento que la espiritualidad de Poblet estaba a salvo desde el instante en que contra toda suerte de dificultades se consiguió «meter» otra vez a los monjes cistercienses en la que había sido su casa durante muchos siglos. Pero únicamente los que en estos últimos años hemos convivido con su ejemplar Comunidad, sabemos las ingentes dificultades con que ha topado continuamente la vida material y espiritual de aquella familia monástica que ha crecido con rapidez asombrosa, como aquel árbol de los Salmos, «quod plantatum est secus decursus aquarum»; rapidez tan inesperada que a cada momento había que pensar en allegar nuevos recursos económicos para hacer posible, aun dentro de términos modestos, la vida de aquellos monjes que, si en 1941 eran cuatro, ahora ya son más de cuarenta. La Providencia ha velado constantemente por ellos y Dios no les ha dejado de su mano. El Patronato de Poblet y la Hermandad de Bienhechores, obrando siempre con plena conciencia como instrumentos de la Divina Voluntad, han ido solucionando, cada uno en su esfera de acción, todos los problemas de la Comunidad a medida que se presentaban. La solución satisfactoria de los problemas más urgentes, como los de habitabilidad del Monasterio, de manutención de la Comunidad, de provisión de todos los objetos del culto, de dignificación artística de aquellos muros medio arruinados, tal fué la significación de aquella fiesta memorable celebrada el pasado mes de octubre.

Pero los que hemos tenido ocasión de conocer de cerca las dificultades de toda índole que surgían continuamente en la vida de la comunidad populetana y que parecían cerrar el camino hacia un porvenir mejor, sufríamos al ver que después de tantos favores del cielo seguía subsistiendo, sin encontrar solución satisfactoria, otro problema, sin duda el más grave porque era de orden puramente espiritual: el de la formación sacerdotal y monástica, en sus grados superiores, de los jóvenes monjes de Poblet. El crecimiento de la Comunidad había sido tan rápido, que no había habido tiempo material para la formación de un personal docente a la altura requerida. Pero Dios misericordioso tenía también su llave para abrir en un momento esta otra puerta cerrada. Y ahora, silenciosamente, con el silencio que acompaña a todos los milagros de la Providencia, acaba de abrirse esa puerta, ante la estupefacción y la alegría de todos los amigos de Poblet, con este viaje de nueve jóvenes monjes al Monasterio suizo de Hauterive. Allí encontrarán abundante pasto espiritual para sus almas y sabios profesores a la altura de las exigencias de la moderna cultura eclesiástica. ¡Alegrémonos en el Señor y démosle las más rendidas gracias por esta magnífica solución de un problema que había preocupado tanto tiempo a los que conocíamos las necesidades de Poblet en estos últimos años!

Siempre he afirmado, y lo he repetido en diferentes ocasiones, que el único problema verdaderamente importante de la restauración de Poblet era el de su Comunidad. Es su problema constituyente. Ahora, en el breve espacio de un mes este problema ha tenido una doble solución definitiva. Si por una parte la solemne inauguración de las piezas de la clausura populetana ya restauradas con todo el decoro y la dignidad deseables, significa el final

de una etapa decisiva de la restauración —espiritualísima ésta— de la vida monástica de Poblet, por otra parte, este éxodo silencioso de estos nueve jóvenes monjes al monasterio cisterciense de Hauterive tiene la alta significación del comienzo feliz de una nueva etapa de normalidad y plenitud en la espiritualidad de nuestro Monasterio.

La estrella de Poblet ha remontado ya la espesa niebla, que desde el momento de aparecer en el horizonte, había empañado hasta ahora su brillo, y empieza a subir hacia el cenit de un cielo limpio de neblinas. Dios no deja sin consuelo a los que en Él creen y esperan. Ahora, en medio de la tensión creciente de la situación internacional, en medio del ir y venir de embajadores, delegados y representantes de todos los países del mundo, portadores

de paz sólo en los labios, pero con el corazón estallando de rencores y fulminando interiormente amenazas de una próxima conflagración universal más destructora aún que la pasada, nueve oscuros jóvenes españoles vestidos con el hábito blanco y el escapulario negro de los hijos de San Bernardo, se dirigen en pacífica embajada, sin llamar la atención de nadie, al monasterio de un país extranjero donde serán recibidos con la más cordial efusión cristiana. Y como ellos, otros individuos de las órdenes religiosas van de un país a otro siempre seguros de encontrar fraternal acogimiento, dando un vivo ejemplo de lo que habría de ser esa solidaridad universal que se propone crear la Organización de las Naciones Unidas con desesperado, trágico e inútil esfuerzo.

Manuel de Montoliu

El culto de San José y las Iglesias Orientales

El culto del glorioso Patriarca San José, tan extendido hoy por todo el orbe católico y que tan hondas raíces ha echado en la espontánea devoción del pueblo, es, como quien dice, muy moderno. Su implantación oficial en la Iglesia de Roma no se remonta más allá de los últimos años del siglo xv.

El Santo del escondimiento

Los Bolandistas en la monumental obra *Acta Sanctorum*, al hablar del Santo Esposo de María en el tercer tomo del mes de marzo, así como hacen notar la conveniencia de la muerte de San José antes del comienzo de la predicación de Cristo (como generalmente se admite), para que las multitudes que habían de oír al Mesías proclamarse Hijo natural de Dios, confirmando con estupendos milagros, no se turbaran en la fe, teniendo ante los ojos al lado de Jesús una criatura humana con nombre y derechos legales de padre; así también, tratándose del culto del Santo bendito y comparándole con el de la Virgen purísima, su Esposa, afirman que sin duda entraba en los planes divinos abstraer por algún tiempo a San José a la veneración de los fieles, no fuera a padecer mengua en la opinión de los primeros siglos cristianos la creencia, tan milagrosa, de la virginidad del parto de la Madre de Dios.

Con todo no piense nadie que la figura de San José, conocida como era por los relatos evangélicos, fuese cosa extraña a las manifestaciones artísticas y literarias de las primitivas épocas de la Iglesia. ¡Qué estudio tan interesante se podría hacer, con los numerosos datos que hoy poseemos, de la representación de San José en los monumentos (sepulcros, mosaicos, marfiles) de la antigüedad hasta el siglo vi, y en las fantásticas narraciones de los libros apócrifos, como el Protoevangelio de Santiago, el Evangelio de Pedro, el de la Infancia, el de Mateo y el de Tomás en su primera redacción (que hoy no conocemos sino por el recuerdo que de ella queda en los antiguos historiadores)!

Pero una cosa hay que poner fuera de duda, y es, que de todas maneras no se puede hablar, en aquellos remotos tiempos, de culto propiamente dicho. A San José se le consideraba, por una parte, como del Viejo Testamento y, por otra, aun queriéndole asociar al Nuevo, no entraba en la categoría de los Mártires, únicos santos, fuera de la Madre de Dios, cuya veneración sancionaba la Iglesia en los primeros siglos.

Primeros albores

A pesar de todo, no faltan sabios, como el célebre orientalista P. Peeters, de los Bolandos, que consideran por demás interesante el escrito apócrifo intitulado *Historia del carpintero José*, porque representaría, a su juicio, el punto de apoyo más antiguo para establecer el culto del Santo Patriarca. Claro está que es difícil aventurarse, sin otras pruebas, en la resolución de un problema tan oscuro en la hagiografía eclesiástica, cual es el de los orígenes del culto de San José bendito. Pero de admitirse la hipótesis de Peeters, subiríamos hasta el siglo v, y por cierto dentro de la órbita de las Iglesias Orientales. Pues si tenemos en cuenta que la *Historia del carpintero José* es un libro oriental, como escrito originariamente —según parece— en griego y transmitido sólo por traducciones orientales, es decir, en árabe y en los dos principales dialectos coptos (el boheírico de la delta del Nilo y el saidico del Egipto alto); tendremos, por lo menos, que sospechar que el Oriente juega un papel importante en nuestro asunto.

¿En el Oriente?

Más aún: aun desentendiéndonos del todo de ese escrito griego-egipcio poco seguro, no dudo en afirmar categóricamente que, por lo que al culto de San José se refiere, el Oriente es (al menos en la primacía del tiempo) quien se lleva la palma. Y tal vez no sólo la del tiempo, sino también la no menos honorífica de la belleza literaria y del afecto cristiano en la expresión de los formularios litúrgicos en loor del castísimo Esposo de la Virgen. Y por cierto que para demostrar ambas cosas no tendríamos que basarnos en datos tan hipotéticos como los que pudiera ofrecernos la *Historia del carpintero José*, sino en otros más numerosos y más seguros.

Por lo que toca a los formularios orientales de la liturgia de San José, espero poder ilustrar de propósito en otra ocasión la belleza de su contenido literario y teológico. Hoy no hago más que indicar que, en el rito bizantino, el principal formulario es el «Canon» de José de Siracusa, fecundísimo himnógrafo piadoso del siglo ix, que la Iglesia griega venera como santo. Las odas de su composición dogmático-poética, repartidas por las diversas Horas del Oficio, desarrollan en otras tantas estrofas las 35 letras del acróstico griego «Χριστὸν σε μέλπο δειξὶν παρὰστάτιν,

PLURA UT UNUM

Iosif», que pudiéramos traducir así, rítmicamente, poco más o menos:

A Ti canto, José,
De Cristo defensor bien adiestrado.

Este formulario se podría desdoblar en dos: las estrofas dedicadas a San José, y aparte (como quieren algunos) el conjunto de las que forman el «Theotokion» de cada oda, es decir, las que siempre en todo Oficio bizantino se dedican a la *Madre de Dios* (Theotokos) en relación con el tema de la fiesta.

Primacía de tiempo

Pero, en fin, vengamos a la cuestión de la primacía del tiempo, que por ahora nos interesa más de cerca.

Sin que se pueda determinar con certeza la época exacta, mas de fijo antes de la aparición de las Ordenes mendicantes (que fueron las verdaderas introductoras del culto de San José en Occidente, y las que impulsaron a la Iglesia Romana a adoptarle oficialmente en el uso litúrgico), podemos asegurar que *florece* ya, en varias Iglesias Orientales, algo así como la fiesta eclesiástica del Santo Patriarca.

Entre los bizantinos, por ejemplo, aunque no se pueda hablar de una fiesta particular y exclusiva de San José, se encuentra, sin embargo, desde la más remota antigüedad (por lo menos desde el siglo IX, como indicamos antes) la conmemoración del Santo en la dominica precedente al Nacimiento de Cristo, en la famosa fiesta llamada *de los santos progenitores*. Y aun más solemne es la otra dominica infraoctava de Navidad, que, aunque es como una réplica de la anterior, está consagrada especialmente a la memoria de aquellos, que estuvieron ligados con vínculos particulares a la persona de Cristo: San José, su padre nutricio y defensor en la tierra, el Rey David, como cabeza genealógica de su linaje, y Santiago de Jerusalén, llamado en los Libros santos «hermano» del Señor. Con todo, si observamos bien la estructura del Oficio de esta fiesta bizantina, vemos que todo casi exclusivamente converge a la exaltación de San José bendito.

En los diversos ritos

Algo semejante ofrecen otros calendarios griegos, lo mismo que la Iglesia Rutena, sino que en día diferente, pues reservan la fiesta del Santo Patriarca para el 26 de diciembre, día al mismo tiempo dedicado a la Virgen María en su divina Maternidad. En los libros litúrgicos sirios encontramos el uso medieval de celebrar a San José, si no con una fiesta completa, al menos con una corona de composiciones en honor suyo y en particular con un «Canon» antiquísimo, que se conserva en el Museo Británico en un manuscrito del siglo XII.

Más antiguos parecen ser aún los códices coptos que nos transmiten la celebración en Abisinia de la fiesta de San José, con Oficio propio y un ingenuo Himno, el 20 de julio. Tal fecha procede sin duda de la fe prestada por los coptos a una narración apócrifa, según la cual el mismo Jesucristo, nuestro Salvador, antes de subir a los cielos, habría descrito a los Apóstoles la vida de su padre putativo, designando para su dichoso tránsito el 20 de julio. Por lo demás, no nos extraña esta fecha, cuando sabemos que también en muchas Iglesias de Italia antiguamente se conmemoraba en ese día la muerte de San José. La verdadera razón parece ser el haber confundido al Santo Patriarca con el otro José, llamado el Justo, de quien hacen mención los Hechos de los Apóstoles al ser propuesto con San Matías para suplir la prevaricación de

Judas, y que celebran el 20 de julio los Martirologios medievales.

¿Y culto popular?

Tiene, pues, el Oriente la primacía del tiempo sobre la Iglesia latina en cuanto al culto de San José. Pero entendámonos: no quiere esto decir, por desgracia, que junto con el culto litúrgico haya florecido también en las Iglesias Orientales el culto, llamémosle así, popular y devoto de las multitudes hacia el Esposo de la Virgen Santísima. No veo en qué se pueda apoyar Isidoro de Isolanis para afirmar, ya en 1522, en la *Suma* que escribió de los dones de San José, que todos los católicos orientales celebraban el 20 de julio, con intensa devoción, la fiesta del Santo bendito. No: ese día fué siempre exclusivo de la Iglesia copta, y ni en ella ni en ninguna otra de las Orientales hay datos para creer que la veneración al Santo Patriarca rebasara la órbita de la Liturgia, pocas veces entendida y saboreada por los fieles, aunque entre los Orientales se celebre en las lenguas más o menos conocidas por ellos.

Es una lástima, pero el culto oriental de San José no descendió hasta el pueblo en el tiempo pasado, y aun en el presente no se abre camino sino con mucha lentitud y sólo en aquellas regiones que se han dejado influenciar más por el ejemplo de la Iglesia latina. Tales son las Iglesias Melquitas, en su mayor parte católicas, las Italogriegas, la Caldea, la Sirocaldea del Malabar y la Armenia de la Transilvania, en las cuales, todas, se celebra con grande regocijo del pueblo, como entre nosotros, y en el mismo día 19 de marzo, la fiesta de San José. En las otras Iglesias Orientales (aun aquellas que se glorian de antiguo abolengo católico) es todavía poco conocido por el pueblo el Patrono universal de la Iglesia de Cristo.

Curioso por demás lo que, no hace mucho, me contaba el R. P. Esteban Sakai, de rito bizantino-eslavo, coprofesor mío del Instituto Oriental. Me hablaba de sus recuerdos de Dubno, en el tiempo que allí moró, en los confines de la Rusia Blanca. Una vez se le presentó un buen campesino, ya de cierta edad y con familia, que, sin embargo, convertido al catolicismo, quería cursar los estudios del Seminario. Para obviar algunas dificultades que se ofrecían, propúsole el Padre —devotísimo de San José, como buen croato y, por más señas, latino antes de abrazar el rito Oriental— que se encomendase al Santo bendito de Nazaret, y dióle a leer la *Vida* suya que circulaba escrita en eslavo por los monjes basilianos de Ucrania. Esta lectura fué una revelación para el buen campesino. Jamás había él sospechado que al Santo Patriarca se le pudiese invocar como poderoso intercesor en los cielos. Sabía que el Evangelio habla de él; pero, en la mentalidad en que se había educado, no entraba San José en la categoría de aquellos Santos, que llenan, por decirlo así, toda la vida afectiva de los Orientales, como San Nicolás, San Demetrio o San Jorge. Algo así como a nosotros tampoco se nos ocurre dar un puesto de honor en nuestras devociones a figuras tan santas y simpáticas como el anciano Simeón o Ana la profetisa, aun cuando en el Evangelio se encarezcan sus virtudes, tan *mesiánicas*.

Y, con todo...

Desde el 8 de diciembre de 1870 quedó San José constituido, por el Sumo Pontífice Pío IX, Patrono de la *Iglesia Universal*. Es, por lo tanto, deber de todos los católicos dar a conocer y venerar al Esposo de María y Padre putativo de Cristo a todos los fieles orientales, que también creen en Cristo y deben ser de Cristo y de su única Iglesia.

Manuel Candal, S. J.
Prof. del Pont. Inst. Oriental

Roma, febrero de 1947.

EL BIZANTINISMO EN RUSIA

Traducción de BOYAN MARCOFF

II ⁽¹⁾

El reinado de Iván el Terrible, con sus incontables horrores y fatales consecuencias, habría sido, en el sentido moral, un tremendo desatino si únicamente el zar se hubiese apartado de la verdadera idea de reino cristiano. ¿Para qué habrían corrido, entonces, tantos ríos de sangre? ¿Para qué se habría comprometido la existencia misma de toda la nación?

Pero el pecado no fué exclusivo de Iván IV.

La doblez psíquica de este monarca que a la vez que cometía crímenes dignos de Nerón, invocaba la misericordia divina, fué una simulación alentada por la doblez político-religiosa de todo el pueblo ruso.

En el aspecto estrictamente religioso y moral de los usos y costumbres propios de la época, la doblez religiosa del pueblo ruso, como la de casi todos los pueblos cristianos, es fenómeno bien conocido y por todos admitido. Mucho menos observado es otro hecho característico, propio de la conciencia popular rusa a partir del siglo XII y que yo llamo doblez político-religiosa, es decir el reconocimiento simultáneo de dos formas irreconciliables de soberanía. Por una parte, es el ideal del monarca cristiano admitido como representante de la justicia y de la misericordia de Dios en la Tierra, ideal mantenido vivo por el recuerdo de los mejores príncipes de la época mongólica y de Kiev; por otra parte, aparece el concepto netamente pagano del autócrata severo, arrollador, fuerza moralmente indeterminada; es el ideal del César romano animado y fortalecido por la recíproca acción de los impulsos colectivos inmediatos.

Esta regresión de la conciencia rusa a la adoración pagana de la fuerza desmedida y acaparadora personificada por un monarca, la hallamos expresada con todo vigor en la asombrosa leyenda, según la cual los zares moscovitas recibieron la sanción suprema de su soberanía nada menos que de Nabucodonosor, es decir precisamente del coloso pagano derrumbado por el cristianismo, de la personificación más típica del despotismo desmedido y contrario a Dios ⁽²⁾.

Afirma la tradición que los sagrados símbolos del zarismo fueron transmitidos a los monarcas moscovitas por Vladimiro Vsévolodovich, príncipe de Kiev, quien a su vez los recibiera del emperador romano-oriental Constantino Monomáji. Pero la leyenda va más lejos y se encarga de explicarnos cómo estas regalías aparecieron en Bizancio.

A la caída de Nabucodonosor, se nos dice, Babilonia quedó despoblada ocupándola incontables reptiles y rodeándola una sola descomunal serpiente de tal modo que la ciudad quedó inaccesible.

A pesar de ello el rey griego León (bautizado cristianamente Basilio) decidió rescatar los tesoros que en su tiempo fueran de Nabucodonosor. El rey León, al frente de su ejército, se dirigió a Babilonia, pero se detuvo poco antes de llegar a la ciudad y destacó, para que reconociesen el terreno, a tres de sus hombres: un griego, un abjasiano y un ruso.

El camino era difícil, pues a dieciséis leguas en derredor de la ciudad había crecido la hierba, alta y tupida, eual selva impenetrable. Había allí profusión de serpientes, sapos y demás animales inmundos que, silbando, se alzaban en tromba y algunos despedían de sus cuerpos frío glacial.

Sin embargo, los exploradores consiguieron burlar la vigilancia de la gran serpiente, que dormía, y se acercaron a las murallas; encontraron una escalera y una inscripción en tres lenguas: en griego, en georgiano y en eslavo, rezando que aquél era el buen camino para penetrar en el recinto.

Entraron, siguiendo la indicación, y hallaron en el centro mismo de Babilonia un gran templo, donde sobre el sepulcro de los tres santos varones (Atanasio, Azario y Misail) encontraron una copa de gran precio llena de vino o néctar.

Los emisarios apuraron la copa, se pusieron alegres y se echaron a dormir. Al despertar quisieron libar de nuevo, pero les detuvo una voz procedente del sepulcro, que les dijo que fuesen al lugar donde estaba el tesoro y que se apoderasen de los atributos imperiales.

Descubierto el tesoro, entre otros muchos objetos de valor, encontraron dos coronas reales junto a un manuscrito que decía que aquellas coronas habían sido hechas por el propio Nabucodonosor, «zar de Babilonia y de todo el Universo», para él y para su consorte; pero que ahora había de ceñirlas el rey León y su reina. También encontraron los tres enviados una arca de ónice conteniendo un cetro, un manto de púrpura, así como un libro maravilloso.

Habiendo recogido los mencionados objetos, los emisarios volvieron al templo, se prosternaron ante el sepulcro de los tres santos varones, volvieron a beber de la copa y al día siguiente emprendieron el regreso.

Al bajar la escalera, uno de ellos tropezó y cayó con tan mala suerte que despertó a la gran serpiente enroscada alrededor de la ciudad.

«Y cuando la gran serpiente oyóle, se encresparon sus escamas cual olas en el mar enfurecido y empezaron a agitarse terriblemente.»

Recogieron al caído sus compañeros, alcanzaron como pudieron el lugar donde habían dejado sus caballos y estaban ya sujetando a los arzones el botín, cuando silbó el descomunal reptil, dando con sus cuerpos en tierra, donde quedaron tendidos largo tiempo, como muertos.

Por fin volvieron en sí y corrieron a reunirse con el rey León. Pero el silbido de la gran serpiente había causado grandes estragos en el ejército real, donde perecieron no pocos hombres y caballos, huyendo despavoridos los supervivientes. Sólo a treinta leguas de la ciudad, el rey ordenó que se detuviesen a fin de esperar la vuelta de sus emisarios.

Llegaron éstos, relataron sus aventuras y entregaron al rey las regalías que habían rescatado de Babilonia, las mismas que, según otras leyendas, hubieron de pasar de los emperadores bizantinos a los príncipes de Kiev, y de ellos, a los zares moscovitas.

Otra versión de esta leyenda (recogida en la provincia de Samara) prescinde de Bizancio y se refiere a Moscú directamente, substituyendo al rey griego León por el zar moscovita Iván el Terrible, quien, de este hecho, resulta sucesor directo de Nabucodonosor.

«Lanzó su pregón el zar Iván Vasilievich: ¿Quién irá al reino de Babilonia a traerme la corona, el manto, el cetro y el libro que los acompaña?»

»Tres días anduvo pregonando en vano el vocero. Al fin se presentó Barmá-Yarichko dispuesto a satisfacer el desec del soberano. A los treinta años de tribulaciones sin fin e inverosímiles aventuras regresó con lo que el zar pidiera, entregándole la corona, el manto escarlata, el cetro y el libro maravilloso del reino de Babilonia. Tan sólo una cosa pidió el héroe en recompensa: tres años arreo

(1) Vid. *Cristiandad* n.º 71, pág. 113.

(2) Aunque se indique la procedencia bizantina de esta leyenda, no pudo ser llamado el texto griego; en Rusia, en cambio, fué muy extendida en muchas y diversas redacciones.

COLABORACIÓN

deseaba beber sin pagar en cuantas tabernas quisiese...»

Como se ve, también es típico el epílogo de esta muestra del proceso retrógrado de la conciencia popular rusa hacia los bárbaros ideales paganos.

Aunque Barmá-Yarichko, de quien recibiera Iván IV las regalías de Nabucodonosor, sigue siendo factor importantísimo en la vida y conciencia del pueblo ruso, sin embargo no tuvo significado preponderante ni siquiera en el siglo xv. Incluso entonces se sentía la contradicción entre el modo de obrar del terrible zar y el ideal de cristiano monarca, ideal que el pueblo ruso, a pesar de cuanto se diga, no repudió a favor de los conceptos «babilónicos» traídos por Barmá.

Se tenía la conciencia de que el zar renegaba, que se había apartado de los auténticos principios religiosos de la soberanía; de ahí el afán de reafirmar estos fundamentos, de enaltecer públicamente el significado del principio espiritual del cristianismo escarnecido por la violencia y de comunicarle nuevo realce en la persona del representante eclesiástico.

Mientras el zar que sucediera a Iván IV procuraba expiar con rezos los pecados de su padre, vemos nacer en Moscú el Patriarcado y después, bajo los auspicios de los dos primeros zares de la nueva dinastía, el afianzamiento del poder eclesiástico representado por los patriarcas Filareto y Nikon, poder que llega a ser casi tan absoluto como el del soberano.

Esta reacción clerical contra la monarquía de carácter babilónico es muy notable; pero, sin embargo, a nada bueno condujo, y ello por dos motivos.

Externamente, siendo el patriarcado a fin de cuentas creación del poder secular, no pudo disfrutar de plena autonomía. La importancia que alcanzara dos veces el poder eclesiástico en Rusia en el siglo xvii, obedece, como todos saben, a que el patriarca Filareto era el padre del zar Miguel Fedorovich, y el patriarca Nikon, amigo personal de Alejo Mijailovich.

Al primer choque con el centro de donde emanaba su poderío, se reveló cuán supeditada estaba la jerarquía clerical al poder gubernamental.

En el orden interno de las cosas, tan sólo la armonía espiritual cristiana entre ambos poderes hubiese podido hacer fructífera la unión. Mas, claro está que el solo título de patriarca no garantiza el espíritu cristiano del que lo detiene, y ahí está también el ejemplo de San Vladimiro y de sus obispos griegos, que nos demuestra que a veces los monarcas son más sensibles a los principios espirituales que los representantes de la Iglesia.

El patriarca Nikon, que, gracias al incondicional apoyo del soberano, disfrutaba de un poder casi absoluto, por la conciencia que tenía de sus derechos y prerrogativas fué afortunadamente el único representante destacado del clericalismo que tuvimos en Rusia. Palmer, su biógrafo católico, le ensalzó por ello sin comprender que la transformación del patriarca moscovita en una especie de Papa oriental había hecho imposible cualquier acercamiento ulterior de Rusia y del Oriente al verdadero papado romano.

La amarga experiencia de la disensión religiosa se encargó de demostrarnos lo defectuoso que era el clericalismo nikoniano, por más que no hay mal que por bien no venga, ya que precisamente esta discordia religiosa fué lo que hizo imposible la instauración del clericalismo local en Rusia.

Para avanzar hacia el auténtico cristianismo, lo que necesitaba Rusia en el siglo xvii no era el clericalismo nikoniano, sino la conciencia de su propia inconsistencia, así como la decisión firme de mejorar las condiciones de su vida social.

Moscú había conseguido crear un estado firme y asegurar la existencia nacional. Pero al pueblo, históricamente considerado, no le basta existir, ha de mostrarse digno de tal existencia.

En nuestro mundo imperfecto sólo adquiere el derecho

a existir quien se despoja de sus imperfecciones. Bizancio cayó por no querer aceptar ni la sola idea de perfeccionamiento. Todo ser, individual o colectivo, que no se guía por esta idea, ha de perecer necesariamente.

Sólo dos razones pueden alegarse para no admitir el afán de perfeccionamiento: o bien nos consideramos perfectos, lo cual demuestra insensata vanidad, o bien, reconociendo nuestra imperfección, nos recreamos con ella, lo que significa renegar de la mismísima esencia moral del hombre y de su semejanza divina.

Por la esencia misma del cristianismo admitido como religión divinohumana, todo estado cristiano debe estar formado de personas libres, como libre ha de ser quien los dirija.

En Bizancio se ignoró el concepto de personalidad humana en su sentido estricto. El sentido de la historia occidental estriba precisamente en la afirmación de este principio, postergado en Oriente. Por esto tiene tanta trascendencia nuestro acercamiento a Europa, que debemos a Pedro el Grande. Fué a través de las luces occidentales cómo la mente rusa descubrió los conceptos de dignidad, derecho personal, libertad de conciencia, etc., sin los cuales no es posible llevar existencia digna, ni perfeccionarse, ni formar estado auténticamente cristiano.

Medio siglo después de Pedro el Grande, y habiendo sido la mentalidad rusa acondicionada por las reformas al movimiento intelectual europeo, las gentes descubrieron, declarándolo a voces, que el vasallaje (que admitieran candidamente como cosa natural tanto la «piadosa Moscú» como el no menos «piadoso» Bizancio) es el atropello inculcable de los derechos del hombre, injusticia incompatible con la dignidad de una nación civilizada.

Cambio tan radical podía parecer materialmente peligroso, pero la obligación moral derivada de la idea de un estado cristiano se impuso finalmente a los soberanos rusos.

En la manumisión de los campesinos, así como en otras reformas de igual sentido, Rusia, representada por su soberano y situada esta vez a un nivel de desarrollo histórico superior al que tuviera durante el reinado de Pedro el Grande, se apartó de la adulteración bizantina del cristianismo y reconoció finalmente de hecho el principio moral que obliga al bien y a la enmienda efectiva de la vida social.

No puede afirmarse, sin embargo, que esto se haya hecho con plena conciencia. Si tan manifiestas injusticias sociales como la esclavitud, la prevaricación y la pena de muerte legislada, fueron condenadas y suprimidas, con ello se cumplieron sólo algunos de los requisitos para que Rusia pudiese ser estado cristiano, sólo fueron salvados algunos de los obstáculos que se oponían a tal fin. Pero la finalidad en sí no la veía nadie en toda su magnitud y por esto otras muchas condiciones imprescindibles a su realización no solamente no se cumplieron, pero ni siquiera se tuvo conciencia de ellas.

Esta misma pobreza de la conciencia de la sociedad rusa sirve para explicar ciertas particularidades al parecer desconcertantes de nuestra historia moderna. Por una parte, los mismos que exigían el renacimiento moral y abnegadas gestas en aras del bien común, unían estas reivindicaciones a enseñanzas que tendían a suprimir todo concepto de moralidad. «Nada existe que no sea materia y energía —decían—; el hombre desciende del mono y por esto hemos de pensar solamente en el bien de la humanidad y sacrificarnos por nuestros hermanos.»

Por otra parte, personas que profesaban con innegable fe el cristianismo, predicaban al propio tiempo la más bárbara política de exterminio y violencia.

El primer contraste ya pertenece a lo pasado; pero el segundo, más profundo y desastroso, aún gravita sobre nosotros con su tremendo peso. ¡Ya es tiempo de eliminar de una vez este veneno histórico que corroe las entrañas mismas de nuestra vida!

(Continuará.)

UN LIBRO ESPIRITUALISTA SOBRE EL MATERIALISMO

El tema del materialismo histórico es de actualidad permanente, desde que el socialismo hizo de él su postulado fundamental. La inclusión de este tema como uno de los tres que se estudiaron en el Congreso de Filosofía celebrado en Roma a fines del pasado año, presta oportunidad de referirnos más en concreto a un estudio sobre el materialismo histórico debido a Rafael Gamba, y que se encarga de presentar a nuestros lectores Luis Rey Altuna.

El tema del Materialismo histórico, contra lo que pudiera suponerse, ni está críticamente agotado ni ha perdido actualidad. Buena prueba de ello tenemos en el reciente Congreso Internacional de Filosofía, celebrado en Roma, que lo propuso a la consideración de los principales pensadores de nuestro tiempo.

Coincidiendo con este interés universal, acaba de aparecer en España una obra—no tan extensa como grávida—sobre la Interpretación materialista de la Historia (1). La debemos a un joven, casi precoz, filósofo, el doctor don Rafael Gamba Ciudad, quien ha sabido compartir las monótonas tareas de la cátedra con un afán de superación, en el propio cultivo espiritual, polarizado preferentemente a las cuestiones ético-sociológicas.

El libro—dicho sea al margen del tópico—viene a llenar un hueco, si no ya una necesidad, en la bibliografía social-histórica de carácter crítico y constructivo. Para ello era preciso el garbo filosófico de que elegantemente hace alarde esta obra primogénita.

Asomándose, desde un principio y sin vértigo a la sima del Materialismo histórico, ha seguido Gamba su génesis y desarrollo hasta sorprender los principios básicos—*la infraestructura económico-material*—y las explicaciones más o menos afortunadas de *la superestructura jurídica y política*. Y aun ha descendido en esta primera fase introductoria hasta la determinación de la corriente filosófica a la que se debe en parte el materialismo, y que, por extraño que parezca, se llama hegelianismo.

No es empresa para débiles hombros la de someter a un cotejo minucioso e imparcial la Interpretación materialista y la realidad misma del proceso histórico. Y ha de contrapesarse la complejidad de las motivaciones histórico-sociales con un infatigable espíritu crítico. Tal nos parece, en esta coyuntura, el mérito más relevante del doctor Gamba, quien persigue a la Interpretación materialista hasta ese «último término» en que se refugian las categorías económicas fundamentales. Una cosa es—distingue—afirmar que las ideas sirven *para* la acción, y otra que surgen *por* la acción.

No contento con haber arrojado de sus posiciones a los paladines del materialismo, los hace objeto de sucesivos ataques con las propias armas—léase argumentos insuficientes—del adversario, a saber: el valor pragmático de las ideologías, la heterogeneidad de los fines y el disfraz de los motivos. «Y es precisamente—concluye—este ver en cada acto o situación histórica un posible fundamento para la interpretación idealista y materialista, lo que nos hace pensar en la adecuación de una visión sintética y superior de la actuación concreta del hombre en el proceso histórico» (p. 121).

Todavía se acentúa este decidido empeño del doctor Gamba por realizar la más acabada interpretación crítica de la *Interpretación materialista de la Historia*, cuando en la tercera parte vuelve la mirada hacia la teoría misma «para apreciar sus supuestos implícitos y, mediante su crítica, hallar una confirmación teórica de estas observaciones sobre la realidad» (p. 134).

Resulta por demás interesante seguir al autor en su

conciencioso análisis de estos presupuestos filosóficos, y aleccionador descubrir con él cómo el materialismo histórico, aun cuando pretende acercarse al hombre concreto, en realidad lo mecaniza, lo deshistorifica, lo convierte en objeto «asequible a la ciencia físico-matemática, típico de la filosofía racionalista». Y ello—lo ha hecho notar bien Gamba en el subtítulo de la obra—«a la luz de la filosofía actual».

Queremos destacar semejante actitud contemporánea, no precisamente por lo que tiene de moderna, al enjuiciar el mecanicismo, el asociacionismo y el determinismo desde las novísimas alturas filosóficas, sino porque en esto radica su aportación más original y valiosa a la historiosofía, como aparece en la cuarta parte del trabajo.

En íntima relación con el concepto mnemónico-temporal de la realidad histórica se halla el capítulo dedicado a la distinción de individualismo y personalismo, tan fundamental a nuestro efecto, y en el que se destaca la positividad de la persona dotada de racionalidad y libertad y abierta a la trascendencia.

Al través de esta proyección hacia realidades e idealidades ultrasubjetivas se descubre el principio teleológico que ha de presidir la concepción espiritualista de la historia, tal como aflora en las páginas luminosas del nuevo libro. Hay en ello, además de un mentís al eficientismo materialista—aun cuando admita paradójicamente fines—una sustantivación de éstos, en fuerte contraste con Bergson. Ni la evolución creadora puede extenderse sin contradicción a los dates iniciales y a los hitos finales del ente histórico individual o colectivo, ni prescindirse en una historiosofía adecuada de la intervención efectivoteológica de Dios.

El «sentido de la Historia», como para Berdiaeff, tiene para Gamba su significación, bien que desdoblada—lo exigía la crítica—en una vitalidad orgánica y una vitalidad espiritual, según se estudia rigurosamente en el último apartado de la obra comentada. Pero no perdamos de vista que a la actitud existencial implícita en la concepción de Berdiaeff, de carácter analítico, por lo que tiene de respetuosa con la historicidad del hombre concreto, opone Gamba una concepción sintética de vitalidades y de individuos, unidos y proyectados hacia «una finalidad espiritual que sirva de norte u objetivo al obrar del hombre y de la sociedad en su evolución histórica» (p. 243).

Esta obra crítica del materialismo y aun la apertura de caminos a los fines historiosóficos está ahí como una señal luminosa en la noche de nuestro medio siglo. ¿Por qué no hemos de contribuir todos, en la medida de nuestras fuerzas, a disipar el ceño con que nos mira la otra mitad inminente? El plano espiritualista en que se mueve Gamba le habilita, por conocer el materialismo histórico, para remontar el vuelo metafísico y determinar los fines, estructurando su jerarquía y calibrando su intervención en la vida histórica de los pueblos.

Es el imperativo de la época, que acaba de recoger oportuna y autorizadamente Pío XII en su discurso a los filósofos congresistas de Roma: «Una explicación puramente determinista y materialista del ser y de la historia, irreconciliable con la más elemental verdad psicológica, moral e histórica, no podrá satisfacer al hombre ni darle la felicidad y la paz».

Luis Rey Altuna

(1) Rafael Gamba Ciudad. *La interpretación materialista de la Historia*. Una investigación social-histórica a la luz de la filosofía actual. Instituto «Balmes» de Sociología. Madrid, 1946.

Y el «Ensayo» hizo explosión en París

Y III ⁽¹⁾

CARTA DE MGR. FIORAMONTI, SECRETARIO DE CARTAS LATINAS DE PIO IX A VEUILLOT

Fecha 9 de marzo de 1853

Muy ilustre señor: Vuestra carta del día quinto de las nonas del presente mes de marzo ha ocasionado no pocos cuidados y obstáculos, y sería conforme a mis sentimientos el reanimar desde ahora vuestras esperanzas y afianzaros en la continuación de vuestra obra con las palabras del Santo Padre, toda vez que os veo trabajar hace tiempo con todas vuestras fuerzas y toda vuestra energía en favor de la Iglesia. No obstante, impulsado por vuestra reputación de hombre distinguido y lleno de respeto por la Sede apostólica, he resuelto contestaros y comunicaros francamente mi pensamiento, sea el que fuere tocante a vuestro periódico.

Todo el mundo aquí conoce y comprende perfectamente el designio laudable que os ha movido a crear un periódico religioso para sostener y defender vigorosamente la verdad católica y la Sede apostólica. Pues bien, merece ciertamente especiales elogios el saber que con ese mismo periódico religioso escribís hace ya muchos años, no habéis llevado otra mira que la doctrina católica, y que os habéis esforzado en hacer prevalecer los mandatos y las disposiciones de la Iglesia romana, y en mantenerlos y justificarlos con valor e intrepidez. En consecuencia, vuestro periódico mismo, a causa de las materias que trata, eficazmente recomendado, por otra parte, por la brillantez de vuestro estilo y vuestra elocuencia, tiene aquí muchas simpatías, lo mismo que en Francia y en otros países extranjeros, y parece muy propio en las circunstancias actuales, precisamente para tratar las cuestiones palpitantes.

Mas en verdad, no forman el mismo juicio de vuestro periódico algunas personas que dan mucha importancia a ciertos principios, usos y costumbres. Como no pueden rechazar abiertamente sus doctrinas, están no obstante hace tiempo buscando si pueden reprochar algo al redactor, y no hallan otra cosa para censurar que su celo en sus palabras y su manera de escribir. Otros, aunque ocupados en la redacción de periódicos religiosos, se hallan igualmente prontos y dispuestos a descargar sobre vuestra publicación de vez en cuando golpes más graves, y con su táctica, suscitan poco a poco sospechas en las conciencias, cuyo deplorable efecto retarda las aspiraciones

de aquellos que deseosos, sobre todo ahora, de adherirse a la pura doctrina vienen providencialmente y de una manera más pronunciada a colocarse al lado de la Sede Apostólica para atestiguarle respeto y amor; lo cual es muy especialmente objeto de vivos pesares, puesto que la nación francesa se ha distinguido siempre maravillosamente por su adhesión a la santísima religión, y manifestado en consecuencia hoy el laudable deseo de unirse con lazos más estrechos a la madre y soberana de todas las Iglesias.

Por eso, muy ilustre señor, no sólo haréis un acto de virtud, sino aun de sabiduría para servir útilmente a la Iglesia, si al paso que tomáis libremente la defensa de la verdad, combatiendo por los decretos y disposiciones de la Sede Apostólica, meditáis con mucho cuidado cuanto tengáis que decir, y si, en las cuestiones en que el pro y el contra pueden ser lícitamente sostenidos, evitáis constantemente inferir la menor ofensa al nombre de los hombres que tienen autoridad. Efectivamente, todo periódico religioso, desde el momento que se propone defender la causa de Dios y de la Iglesia, y justificar el poder supremo de la Sede Apostólica, debe obrar con tanta cautela, que no se aparte en nada de la templanza y la moderación, a fin de granjearse la benevolencia de los lectores, y hacer reconocer a todos más fácilmente la alta importancia del asunto, así como la supremacía de la misma Sede Apostólica. Así, pues, aunque las quejas que exhalan ciertos hombres y su oposición parezcan graves, y que por el momento perjudiquen a vuestro religioso periódico, no obstante jamás podré creer que puedan durar mucho tiempo; además, abrigo la confianza, muy ilustre señor, de que aquellos que son actualmente vuestros adversarios se apresurarán a ensalzar vuestra habilidad y vuestro celo, puesto que vos no cesáis de defender la religión y la Sede Apostólica y de rechazar los ataques de que son objeto. Tal es el juicio, como he declarado, emitido por muchos hombres superiores y no vulgares, tal es su apreciación respecto de vuestro periódico religioso, pues aquí, y con toda intención, dejo a un lado la parte política. Os deseo a vos, y principalmente a la Iglesia, todo género de prosperidad. Quedo, muy ilustre señor, vuestro humildísimo y afectísimo servidor.

(1) Vid. número anterior, nota de la Redacción, pág. 167.

CON CENSURA ECLESIASTICA

La Revista **CRISTIANDAD**

tiene lectores en los siguientes países

E u r o p a

BELGICA: Lieja

INGLATERRA: Londres, Oxford, Newcastle-On-Tyne, Eastbourne, Chipping Northon

IRLANDA: Dublín, Killaloe, Ballinasloe, Cappoquin, Cashel

ITALIA: Roma, Milán

PORTUGAL: Lisboa, Porto, Coimbra, Braganza, Braga, Leiria, Cova de Iria, Vilanova de Gaia, Covilha, Campo Maior, Foz de Douro, Negrellos, Peniche, Tomar

SUIZA: Zurich, Friburgo, Locarno, Losana, Orsonnens

A s i a

INDIA INGLESA: Bombay, Bhavnagar, Bulsar

A f r i c a

MARRUECOS ESPAÑOL: Tánger, Melilla, Tetuán, Segangan

A m é r i c a

CANADA: Ottawa, Quebec, Montreal

ESTADOS UNIDOS: Nueva York, Wáshington, Chicago, Los Angeles, San Pablo, Webster Groves, El Paso, Albuquerque

ARGENTINA: Buenos Aires, Mendoza, Santa Fe, Tucumán, Salta, Jujuy, Viedma, San Miguel, Pirovano, Morón

BOLIVIA: La Paz

BRASIL: São Paulo, Recife, Santos, Braganza Paulista

COLOMBIA: Bogotá, Medellín, Cali, Pasto, Usaquen

COSTA RICA: San José de Costa Rica

CUBA: La Habana, Santiago, Matanzas, Cienfuegos, Pinar del Río, Sancti Spiritus, Camagüey, Ciego de Avila, Florida, Guaimaro, Holguín, La Víbora, Violeta, Nuevitas, Morón

CHILE: Santiago, Concepción, Valparaíso, Los Andes, Talca, La Serena, San José de la Mariquina, Padre Lascasas, Temuco, Viña del Mar

ECUADOR: Quito

EL SALVADOR: San Salvador

GUATEMALA: Ciudad de Guatemala, Quezaltenango

HAITI: Puerto Príncipe

MEJICO: México, Puebla, Guadalajara, Coyoacán, Tampico, Chihuahua, Cuquío, Morelia

PANAMA: Ciudad de Panamá

PARAGUAY: Asunción

PERU: Lima, Miraflores, Magdalena del Mar

PUERTO RICO: Ponce, Aibonito

REPUBLICA DOMINICANA: Ciudad Trujillo

TRINIDAD: Puerto España

URUGUAY: Montevideo

VENEZUELA: Caracas, Mérida, Valencia, Bucaramanga

O c e a n í a

AUSTRALIA: Sydney

FILIPINAS: Manila

«... Pártese el corazón de dolor al contemplar a los niños, a los enfermos y a los ancianos. En muchos sitios mueren más de la mitad de los nacidos, antes del primer año. Y en todas partes sobrecoge el alma el espectáculo de nuestros adolescentes y jóvenes, reducidos a los huesos, por el hambre, y presa fácil de la tuberculosis. Sin fuerzas y famélicos se arrastran los ancianos, que merecieron una vejez menos triste después de su trabajosa vida. Adonde quiera que se vuelvan los ojos, tropiezan con cuadros de horror y desesperación...»

(Del llamamiento de los Obispos alemanes)

BARCELONESES: A esta angustiosa apelación ha respondido nuestro amadísimo Prelado con una circular de la que entresacamos las siguientes líneas:

«... Ningún católico puede cerrar sus oídos a ese llamamiento. Surge de la misma esencia del catolicismo la necesidad de socorrer a quienes con nosotros, con los católicos de todo el mundo, integran la Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo... ¿No es verdad que podemos prescindir de parte de nuestro vestido para darlo a quienes se encuentran más que harapientos, desnudos? Sobre todo los que vestís con lujo, los que os avergonzáis de llevar un vestido ligeramente ajado, podéis responder a este llamamiento...»

Y el Santo Padre ... informado de esta misión de la Liga de Caridad, no puede menos de manifestar el agrado con que ve este cometido y los fervientes votos que formula por su mayor éxito... A todos los que le ayuden, Rev. Padre, hágales presente la complacencia y gratitud de Su Santidad, que de corazón les otorga la bendición apostólica, prenda de la celestial recompensa».

(De la carta que por mandato del Sumo Pontífice, el Sustrituto de la Secretaría de Estado dirigió al P. Carlos Saurer, S. I.).

Se admite toda clase de ropa, tejidos y calzado para niños y adultos y donativos en metálico, que se pueden entregar en: *Convento de los PP. Dominicos, Bailén, 10. - Colegios de los PP. Jesuitas de Sarriá y calle de Caspe, 25. - Colegio de las Religiosas de Santa Elisabet, calle Laforja, 41. - Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, Bonanova.*

Donativos en metálico en la cuenta corriente «Liga de Caridad» del Banco Hispano Americano de Barcelona y todas las demás sucursales y Banca Tusquets, S. A., de Barcelona.

Cuevas de ARTA

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas CUEVAS DE ARTA

ADQUIERA LA OBRA

del

Dr. D. FÉLIX SARDÁ Y SALVANY

El Liberalismo es pecado

PÍDALA EN NUESTRA ADMINISTRACIÓN

Precio especial para nuestros suscriptores:

===== 3 ptas. ejemplar =====